

## El “análisis de redes sociales” una herramienta para el estudio de la sociabilidad y una metodología para el análisis estructural<sup>1</sup>

Ivonne Suárez Pinzón

Historiadora Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. Diploma de Estudios a Profundidad, DEA, Letras, Humanidades, Civilizaciones, Estudios Hispánicos e Hispanoamericanos y Doctora en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, Université de Franche-Comté, Francia. Posdoctora Université de Toulouse Le Mirail. Archivista de la Escuela de Archivos para Hispanoamericanos, Ministerio de la Cultura de España y del Ministerio de Cultura y Comunicación, Dirección de Archivos de Francia.

ATER del “Université Marc Bloch, Estrasburgo. Lectora y Miembro del Centre de Recherches Littérature et des pays de langues européennes, Université de Franche-Comté, Francia. Profesora titular, Escuela de Historia, Universidad Industrial de Santander, UIS, Colombia.

Ex Directora de la Escuela de Historia y del Centro de Documentación e Investigación Histórica Regional –CDIHR- Facultad de Ciencias Humanas, UIS, de la Sección de Investigaciones y Documentación de la Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, de Investigaciones de la Sociedad de Turismo de Antioquia, de la Organización de los Archivos Casa de la Convención de Rionegro, la Alcaldía de Floridablanca, Indupalma e Inventario de fuentes documentales del Departamento de Antioquia. Creadora del proyecto Mapa Cultural de Antioquia, del Sistema Departamental de información Cultural de Antioquia, del programa *El museo un aula más para los escolares* y del Museo Histórico de Rafael Uribe Uribe. Primer Premio Instituto para el Desarrollo de Antioquia IDEA a la investigación histórica en Antioquia, 1989. Beca Archivo General de la Nación de Colombia y Ministerio de la Cultura de España, 1992. Mejores experiencias de articulación entre docencia, investigación y extensión, Vicerrectoría de Investigación, UIS, 2008. Miembro de la Academia de Historia de Antioquia y del Consejo Internacional de Archivos, ICA. Mención académica para la mejor estudiante de la Universidad de Antioquia entre 1978 y 1982, miembro del Colectivo por las mujeres UIS. Directora del Grupo de

---

<sup>1</sup> Texto producto del acercamiento a la cuestión de las redes sociales, en el marco de la formación posdoctoral adelantada en la Universidad de Toulouse le Mirail, Francia, bajo la dirección de Michel Bertrand. Todos los textos en francés fueron traducidos por la autora.

Investigación Historia, Archivística y Redes de investigación, de la revista digital Cambios y Permanencias y del Archivo Oral de Memoria de las víctimas AMOVI-UIS Colciencias.

Últimas publicaciones:

“La interdisciplinariedad saboteada: observaciones a la ley que reglamenta el ejercicio profesional de la archivística en Colombia”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 2012;

“La interdisciplinariedad entre historia y archivística”, 2012; et al. “Voces contra el silencio, memoria contra el olvido. Trayectorias de vida de 25 víctimas del desplazamiento forzado asentadas en el barrio Café Madrid de Bucaramanga”, 2013; et al. “Avances en la organización e historia institucional de fondos judiciales. Archivo Histórico Regional

Universidad Industrial de Santander”, 2013; et al. *Voces contra el silencio, memoria contra el olvido*, 2013; et al. *Trayectorias de vida de 25 víctimas de desplazamiento forzado asentadas en Café Madrid*, 2013; *Trabajos de grado. Invitación a la lectura historiográfica*, 2013. Correo electrónico: [isuarez@uis.edu.co](mailto:isuarez@uis.edu.co)

Artículo recibido: 10 de octubre de 2014

Aprobado: 7 de diciembre de 2014

## **El “análisis de redes sociales” una herramienta para el estudio de la sociabilidad y una metodología para el análisis estructural**

### **Resumen**

Este artículo fue elaborado con un doble propósito: profundizar en la noción *red social*, buscando superar su simple uso metafórico y, con ello, permitir a los iniciados en el tema un mejor acercamiento al mismo.

Mediante el acercamiento a los conceptos de sociabilidad, análisis estructural y redes sociales, la reflexión pretende mostrar la pertinencia del análisis de redes sociales, como herramienta para el estudio de la sociabilidad, bien que algunos científicos sociales lo entienden como utensilio metodológico, otros como un modo de organización social particular y otros como una metáfora para la cual el análisis de redes y el método estructural son sinónimos. Esperamos acercar a los lectores al primer grupo señalado, es decir a quienes consideran que el análisis de redes sociales es una herramienta.

Creemos que el individuo es teórica y metodológicamente condición de acceso al objeto *red*, pero igualmente, que la insistencia demasiado exclusiva sobre el papel del individuo puede desembocar en una negación de lo social, evadiendo la necesaria complementariedad con otros estudios avanzados desde otras metodologías y postulados de las ciencias sociales, incluido el análisis de clases y, sin olvidar el paradigma de acercamiento a la totalidad.

**Palabras clave:** redes sociales, sociabilidad, análisis estructural.

### **"Social network analysis" a tool for the study of sociability and a methodology for structural analysis**

#### **Abstract**

This article was prepared with a double purpose: to deepen into the social network concept, seeking to overcome its simple metaphorical use and, allow a better approach to the initiated ones in the topic.

The approach to the concepts of sociability, structural analysis, and social networking, aims to show the relevance of social networks analysis, as a tool for the study of sociability, that some social scientists understand as a methodological tool, others as a particular mode of social organization and others as a metaphor for which networks

analysis and structural method are synonymous. We hope to bring readers to the first designated group, to those who consider that social network analysis is a tool.

We believe that the individual is theoretically and methodologically condition of access to the network, a too exclusive emphasis on the role of the individual may lead to a denial of social thing, evading the necessary complementarity with other advanced studies from other methodologies and postulates of social sciences, including the classes analysis and, not forgetting the paradigm of approach to the totality.

**Key words:** social network, sociability, structural analysis.

## **El “análisis de redes sociales” una herramienta para el estudio de la sociabilidad y una metodología para el análisis estructural**

### **1. A manera de presentación**

El estudio de la sociabilidad y así mismo el análisis de redes sociales aparecen a muchos historiadores como un campo reservado a los estudios sociológicos, bien que, como lo indica Mínguez “[...] en esta época está en revisión la definición misma de los instrumentos conceptuales con los cuales abordar los colectivos sociales” (Mínguez 2000,10). La reflexión sobre los grupos y actores sociales y sus cambios y permanencias en el tiempo y el espacio, por fuera de todo determinismo sistemático, constituye hoy un quehacer de las ciencias sociales y, por tanto, del historiador.

En realidad, la división compartimentada de las ciencias sociales resulta hoy una verdadera insensatez. Las relaciones complejas entre la historia de un lado, y la sociología del otro, han sido objeto de reflexión, debate e incluso contradicción en los últimos sesenta años, buscando responder la pregunta respecto de sus similitudes y sus diferencias específicas y sobre los límites de las fronteras disciplinarias, dado que las dos estudian las sociedades en el tiempo, “discutiendo igualmente la pertinencia de métodos, conceptos, paradigmas, teorías y técnicas que muchas veces son comunes y hasta idénticos en los procesos concretos de abordaje de sus respectivas, aunque también, extrañamente similares

problemáticas” (Aguirre 1999, IX). Después de la revolución cultural de 1968 cambió la perspectiva de mirada de las relaciones disciplinares y en lugar de buscar límites o de tratar de demostrar su complementariedad, intersección o sobre posición, se asumió que:

[...] son los problemas abordados los que deben determinar el movimiento dentro y a través de las diferentes disciplinas, y que entonces carece de sentido preocuparse por la adscripción o no, o por mantenerse dentro o fuera de tal o cual espacio especializado del saber.

Porque la ciencia social, como toda ciencia, es una ciencia de problemas concretos a resolver y no una práctica de campos especializados que discurre sobre objetos abstractos y casi siempre irreales; por eso el movimiento libre y sin límites entre y más allá de las disciplinas se impone cada vez más como la única forma viable de ejercicio del conocimiento crítico y reflexivo sobre lo social-humano en el tiempo (Aguirre 1999, X).

Ello deriva entonces en una clara convergencia entre las perspectivas macro o micro históricas, la historia, la antropología, la sociología la psicología, la literatura, las artes, la filosofía (ténganse en cuenta los aportes de Walter Benjamín, de Michel Foucault y de Pierre Bourdieu), la hermenéutica, la cultura, la epistemología, etc., mostrando “la cada vez más grande inutilidad y el anacronismo de esta división tradicional de lo social en espacios claramente diferenciados, acotados y adjudicados de modo rígido y limitante a las diversas disciplinas de las hoy llamadas ciencias sociales” (Aguirre 1999, X).

En tales condiciones de devenir disciplinar, la reflexión que se propone llevar a cabo en este artículo pretende mostrar la pertinencia del “análisis de redes sociales”, como herramienta para el estudio de las interrelaciones estructuradoras de lo social. De hecho, el concepto de estructura social venido de tiempo atrás de la sociología se ha complementado recientemente con este método de análisis sistemático que, cada vez con más éxito y popularidad, ha sido implementado también por historiadores, quienes no consideran que este tipo de herramienta analítica represente un simple útil descriptivo de la sociedad, sino que entrañan un punto de vista original sobre dichas estructuras. Para algunos científicos sociales el “análisis de redes” es un utensilio metodológico, para otros las redes son tratadas como un modo de organización particular o como una metáfora. Esperamos acercar a los lectores al primer grupo señalado, es decir a quienes consideran que el “análisis de redes sociales” es una herramienta para el estudio de la sociabilidad.

## 2. Sobre el devenir de la historia social y el surgimiento de los análisis de redes sociales

El devenir de la historiografía contemporánea ha conducido a plantear cuestionamientos al proyecto construido en torno a la *Escuela de Anales* relacionado con una historia global, de las estructuras y de los actores colectivos, y ha dado paso al retorno al peso de la coyuntura, de lo puntual, del acontecimiento, de los estudios del sujeto y del actor individual, de “la desaparición de la tiranía de los marcos únicos y excluyentes -ya sean estos cronológicos, espaciales, culturales o sociales- dentro de los cuales se inscribía necesariamente la propuesta de alcanzar la historia total” (Bertrand 2000, 62).

Desde el nacimiento de la sociología, el historiador de lo social ha reconocido su campo de análisis en la identificación de los grupos sociales y la dimensión colectiva del hombre social<sup>2</sup>, a propósito de lo cual Frédéric Le Play afirmó que “La unidad social por excelencia es la familia y no el individuo” (Citado por: Bertrand 2000, 63). Por su parte, en la *Revue de Synthèse historique* publicada en 1900, Henri Berr manifestó su interés de poner al servicio del trabajo histórico las herramientas y los planteamientos surgidos desde las nuevas ciencias sociales, y muy especialmente desde la sociología; esta relación entre el individuo y su entorno social llevó a los historiadores a los análisis de las estructuras sociales y entre ellas, como fundamentales, las estructuras de los grupos familiares y el Estado.

A finales de los años 20, desde la revista *Anales de historia económica y social* se planteó la necesidad de una identificación de grupos sociales no centrada exclusivamente en la familia, para así intentar ofrecer un modelo de evolución de las sociedades humanas apoyándose sobre paradigmas capaces de dar una visión global de la estructuración social. Desde una concepción marxista de la estratificación social, Ernest Labrousse planteó su modelo en base a un paradigma económico capaz de permitir identificación de clases

---

<sup>2</sup> “La sociedad humana se compone de familias y no de individuos [...] un sistema cualquiera no puede estar formado sino de elementos semejantes a él y secundarios. Una *sociedad* no es por tanto más descomponible en *individuos* que una superficie geométrica lo es en líneas y una línea en puntos”<sup>2</sup>. Auguste Comte citado por: Bertrand 2000, 62.

sociales. Con base en las teorías sociológicas desarrolladas en los años sesenta, la historia social renovó sus enfoques en medio del debate entre R. Mousnier y E. Labrousse, quien a pesar de su éxito terminó por encerrarse en una visión macro-histórica y sobre-determinada por lo económico, la cual empezó a ser cuestionada en los años setenta, seguida de la ruptura generada por las propuestas de los filósofos post-estructuralistas entre ellos F. Furet, quien replanteó la historia política frente al peso de las estructuras y en ella, el redescubrimiento del papel del actor individual como sujeto central de la historia y, Michel Foucault, quien ayudó a legitimar la reflexión epistemológica sobre la construcción del discurso histórico, que fue retomada como fundamento teórico de la llamada “interdisciplinaridad”.

El enfrentamiento de dos visiones de la estructuración de las sociedades soportadas una en lo jurídico (R. Mousnier) y otra en lo económico (*Anales*) se manifestó durante un coloquio reunido en 1967 en la Escuela Normal Superior de Saint Cloud, de donde partieron los supuestos historiográficos de la revolución de 1968 que abrió la puerta a la “historia de las mentalidades”. Como escribía George Duby: “Para comprender el orden de las sociedades humanas y para discernir las fuerzas que la hacen evolucionar, es importante prestar igual atención a los fenómenos mentales, donde la intervención es incontestablemente tan determinante como los fenómenos económicos y demográficos” (Citado por: Bertrand 2000, 63).

En los años ochenta se ampliaron los cuestionamientos a la *Escuela de los Anales* con las críticas de F. Dosse y el cambio de *Anales* bajo el impulso de B. Lepetit. Este cambio historiográfico paulatino no abandonó completamente la pretensión de la historia total, que aun en los noventa, a pesar de su llamado al historiador a no alejarse de las realidades vividas por los propios actores de la historia reivindicó G. Duby al señalar: “Hago la historia global de una sociedad (Citado por Bertrand 2002b, 7).

Esta posición se vinculó al planteamiento de la historiografía *analo-marxista* de Pierre Vilar que abrió espacio tanto a la definición de grupos sociales a partir de sus fundamentos socioeconómicos, como de las representaciones que los miembros de dichos grupos hacían sobre ellos mismos y sobre su sociedad en base a una identidad de orden

sociocultural o de modos específicos de sociabilidad, porque los comportamientos u opiniones de los individuos están ligados a las estructuras en las cuales ellos se insertan. Esta propuesta se complementó con el planteamiento de interesarse por “lo diverso y lo plural” planteado por Marc Bloch en *Le métier d'historien*.

Desde otra perspectiva historiográfica, D. Brading acordó atención en sus estudios a las estructuras relacionales dentro de la élite, a sus mecanismos de funcionamiento y, por tanto, a sus modos de sociabilidad contruidos prioritariamente desde una perspectiva familiar, enfoque que desembocó en los estudios de reconstrucción de la filiación dentro del grupo, tomado -según los preceptos de la prosopografía- como profesionalmente homogéneo, asociando las trayectorias individuales con la dimensión de una identidad social muy claramente identificada y fundamentada sobre su base socioeconómica y socio-profesional. No obstante, “a pesar de sus aportes fundamentales, la reflexión sobre las élites sociales llevada a cabo desde una perspectiva familiar dominante, cuando no exclusiva, no consigue presentar una visión plenamente satisfactoria de la estructuración social” (Bertrand 2000, 69).

La crítica a los *Anales* realizada por Maurizio Gribaudi insistió en la relativa pertinencia de las categorías estrictamente socioeconómicas o socio-profesionales al momento de considerar el funcionamiento interno de un grupo social, limitando el interés de los resultados conseguidos a partir de un análisis elaborado en base a los criterios habituales de la prosopografía<sup>3</sup> interesada en abordar a la sociedad en función de categorías externas. Dicho de otro modo, los resultados obtenidos no son sino artefactos que resultan de la organización impuesta por el historiador a la realidad social. Como lo indica Michel Bertrand, Gribaudi retomó las propuestas de la antropología histórica y la importancia de criterios de clasificación social definidos por la propia sociedad en base a referencias

---

<sup>3</sup> La prosopografía es una metodología de enfoque histórico inventada por historiadores anglosajones, la cual se define a través de puntos metodológicos básicos: reunir datos biográficos de individuos que conforman un grupo social identificable y coherente, medir, contar, sumar, restar o comparar los caracteres exteriores que sirven para identificar a los miembros del grupo predefinido y para construir su perfil común y su comportamiento socio-profesional. Según Bertrand, “[...] la prosopografía se puede definir como una “biografía colectiva elaborada mediante la descripción de los caracteres exteriores del grupo seleccionado, basada sobre todo en las características observables de este último, como origen, educación, carrera profesional, patrimonio familiar, actividades, etcétera” (Bertrand 2011a, 12).



totalmente distintas a las del método prosopográfico y concluyó en la necesidad del abordaje social a partir de las propias jerarquías que operan dentro de la sociedad, con lo cual subrayó la necesidad de la reintroducción del actor social dentro del análisis histórico. Al reconocer al sujeto histórico no negó el peso de las estructuras, tanto sociales como socioeconómicas, sino que buscó identificar y analizar las interacciones incesantes entre los individuos y los contextos sociales donde se encuentran inmersos. Así, el objetivo final no residió tanto en la identificación de una estructura social -paso previo que sigue siendo indispensable- sino más bien en la dinámica interna que afecta a dicha estructura.

Los estudios de grupos sociales fueron poco a poco conduciendo desde su análisis socioeconómico ampliado hacia la mirada más compleja y cultural propuesta por Duby, a la reflexión sobre un espacio social calificado como un sistema de *redes*, tal como se lee por ejemplo en la *Memoria del Tercer Simposio de Historia de las Mentalidades* realizado en el INAH de México en 1991, el cual tuvo como tema de reflexión: Familia y Poder en Nueva España.

Los últimos años, bajo el efecto de una apertura metodológica traducida en una mayor diversidad de abordajes en historia social, los investigadores adelantan una reflexión específica sobre las relaciones sociales que rodean los fenómenos, aproximándose entonces a la micro-historia, “sin dejar de ocuparse de grupos humanos numerosos, porque la reconstrucción de contextos multiplica los personajes” (Castellano, Dedieu 1998, 8). Algunos autores en miras a simplificar los datos debieron inventar o aplicar nuevas técnicas. La renovación historiográfica en curso ha identificado a las llamadas *redes sociales* como uno de sus terrenos de construcción historiográfica, dejando aparte las visiones estructuralistas y colocando en primer plano el interés por la coyuntura y el actor individual. Según Bertrand, esto no obsta para reconocer que:

[...] aunque desde tiempo atrás se ha subrayado la oposición fundamental que puede existir entre una historiografía fundamentada en la concepción *annalista* de los grupos sociales tal y como la definieron sus principales referentes y una visión nutrida de las reflexiones desarrolladas por los micro-historiadores italianos, esta visión no deja de ser algo esquemática y simplificada. De hecho, existe una filiación muy marcada entre un planteamiento en términos de redes sociales y el que suscitó, desde la historiografía *annalista*, la corriente de la

antropología histórica. En muchos de los casos son las mismas fuentes las que se ponen a consideración en vista de contestar preguntas muy cercanas. También merece ser subrayado el hecho de que el análisis micro-histórico, que supone llevar a cabo un planteamiento en términos de redes sociales, no se satisface de esta observación desarrollada a un nivel puntual. Como lo expresó tan acertadamente B. Lepetit, se trata aquí de llevar a cabo un *juego de escalas* comparable al método de trabajo del geógrafo. Por lo tanto, a la observación de lo puntual -una red social- debe corresponder en un segundo momento, una presentación de sus mecanismos de funcionamiento capaz de proponer conclusiones de orden más general. En este vaivén permanente entre los distintos niveles de análisis que se sitúa, precisamente, la originalidad del planteamiento y su estrecha relación con la Historia *analista*.

Sin embargo, a pesar de su estrecha relación en términos de génesis epistemológica, ambos planteamientos se diferencian radicalmente por su concepción de la sociedad y del funcionamiento de los grupos sociales. Los trabajos que se fundamentan en un análisis de las sociedades y de los grupos sociales [...] consideran, implícitamente, en la mayoría de los casos, que la definición socioeconómica del grupo prevalece sobre cualquier otro criterio de idealidad. [...] De manera bien diferente, lo que interesa al análisis en términos de redes sociales no son tanto las estructuras en sí mismas, sino más bien las dinámicas sociales que las afectan. En este sentido, las estrategias identificadas constituyen más que expresiones de una identidad social predefinida, respuestas consideradas oportunas en un momento y un contexto determinados (Bertrand 2000, 79-80).

La propuesta metodológica de Duby fue luego llamada microhistoria por historiadores italianos agrupados en torno a la revista *Cuaderni Storici*, entre otros C. Ginzburg, G. Levi y E. Grendi, quienes rechazaron la identificación de la historia cuantitativa como método exclusivo para alcanzar la meta de la globalidad. Ahora bien, en el centro de esta nueva historia social micro-histórica se halla el concepto *de red social*, el cual permite reflexionar sobre las relaciones entretenidas por actores sociales ubicados en contextos determinados.

Cercana a la “microhistoria” italiana que avanza a partir de los trabajos de Fredrik Barth sobre los modos de sociabilidad y su estructuración en términos de red social y, nutrida de los planteamientos desarrollados por la antropología y la sociología anti-funcionalista - que adelantaron sus reflexiones a partir del llamado *network analysis*-, surgió igualmente una nueva preocupación por integrar al estudio prosopográfico una dimensión de corte cualitativo cuya aplicación corresponde al estudio de grupos sociales que no tienen necesariamente una definición o un estatuto social jurídicamente definido o

una delimitación clara para el observador exterior. De esta forma, el análisis prosopográfico actual<sup>4</sup>, sin dejar de lado la identificación de los caracteres externos que caracterizan a un grupo social, toma en cuenta de manera cualitativa la diferencial presencia de otros caracteres significativos y los comportamientos que aparecen como excepcionales dentro del grupo, ofreciendo una visión más completa de la complejidad y dinamismo social y reintroduciendo en el análisis al actor social.

Estos nuevos caminos historiográficos se complementaron con los publicados en la nueva revista *Annales E.S.C* que, junto con los trabajos de B. Lepetit, J. Revel, J. L. Castellano y J. P. Dedieu, invitan al análisis desde las perspectivas de la reflexión microhistórica y redes que estructuran lo social y por medio de las cuales actúan los actores sociales, considerando que “el análisis de las redes sociales restituye la complejidad de cualquier conjunto social, insiste sobre la dinámica que lo anima y, en base a las relaciones entre sus miembros, tiende a reconsiderar los problemas de la estratificación y de la acción social. Por esa vía, también reformula los mecanismos de funcionamiento de la autoridad y la política” (Bertrand, Moutoukias y Poloni-Simard 2000, 18).

En suma, durante los últimos años las investigaciones interdisciplinarias subrayan la importancia de nuevas aproximaciones teóricas y metodológicas al hecho social. Estos aportes han favorecido el encuentro entre las ciencias sociales y humanas con espacios abiertos a la investigación científica y la producción de nuevo conocimiento (Vázquez y Ferrer 2002, 71). Se reconoce finalmente, como dice Poloni-Simard, que “Esta opción de trabajo permite liberarse de un estudio que toma como punto de partida las categorías étnicas o profesionales de los actores. Si bien no pretende modificar por completo las concepciones que uno tiene de la sociedad colonial, renueva su comprensión, al enfocar la construcción de los espacios relacionales y la articulación entre éstos. De esta manera, más allá de una visión meramente estamental y de una diferenciación socioeconómica que existía, alcanza la jerarquía a partir de las relaciones establecidas entre los actores y las

---

<sup>4</sup> “[...] la prosopografía actual se fundamenta en una información cuantitativa a menudo muy abundante que desemboca en un estudio estadístico de los componentes sociales del grupo observado. Por lo demás, las orientaciones recientes insisten en el establecimiento de un enfoque más analítico que descriptivo, [...] la

formas de estratificación social basada en la red de lazos que los unían y en función de la posición de los individuos en la misma” (Poloni-Simard 2000, 100).

### 3. Acerca del concepto de sociabilidad

La sociabilidad es un objeto de la historia y como lo precisa Agulhon en su obra titulada *¿La sociabilidad es un objeto de la historia?* (1986) La noción de sociabilidad que toca a la relación entre sociología e historia ha tomado progresivamente un lugar importante en la caja de herramientas del historiador.

A finales del siglo XIX se consideró la sociabilidad como uno de los valores esenciales de la filosofía del progreso, pero fue en realidad en 1917 cuando G. Simmel (1981) inauguró el estudio de la sociabilidad como objeto sociológico, definido como la forma de la existencia social liberada de todo contenido social, independiente de motivaciones individuales, visto como impulsión y valor en sí mismo, como el “sentimiento” de la socialización, automatizado con relación a ella. A partir de 1925 los trabajos de la Escuela de Chicago y de los anglosajones sobre lo urbano, trataron de sociabilidad para referirse a las relaciones de vecindad, amistad y familia, dándole una definición más empírica pero que insistía sobre el contenido social de las relaciones, diferenciando las sociabilidades según la clase social, el sexo, la edad, etc.

En Francia el estudio de la sociabilidad empezó más recientemente a partir del empleo de los conceptos referidos a sociabilidad que en 1966 se encuentra en la obra de Gérard Gayot y Ran Halevy titulada *La sociabilité méridionale confréries et associations en Provence orientale dans la deuxième moitié de VIII siècle*. La palabra continuó su uso en los estudios regionales de Michel Vovelle quien publicó *Métamorphoses de la fête en Provence*. Luego de 1967 entre los autores más conocidos se pueden nombrar a André Bourde en *Histoire de la diocèse de Marseille* y Emmanuel Le Roy-Ladurie en *Historia de Languedoc*, quienes retomaron la palabra para evocar el clima de la vida social.

---

prosopografía no busca únicamente poner de manifiesto el perfil medio, sino, antes bien, los diversos elementos originales y significativos que se desprenden de los individuos reagrupados” (Bertrand 2011b, 13).

Fue sin duda Agulhon el primero en utilizar la palabra sociabilidad en el título de un libro de historia. En 1966 publicó en Aix-en-Provence, *La sociabilité méridionale (confréries et associations en Provence orientale dans la deuxième moitié du u ut siècle)*, libro que fue reeditado en 1968 y 1984 bajo el título de *Pénitents et francs-maçons de l'ancienne Provence (essai sur la sociabilité méridionale)*. Hacia 1968 Agulhon retomó el concepto en *La République au village, La vie sociale en Provence intérieure au lendemain de la Révolution française*, en el artículo “Les Chambrées de Basse-Provence” y en *Le cercle dans la France burgeoise 1810-1848, étude d'une mutation de sociabilité*; luego lo utilizó en *Les associations au village*, escrito en colaboración con Maryvonne Bodiguel. Más tarde el concepto fue retomado por los italianos Giuliana Gemelli y Maria Malatesta en *Forme di sociabilita nella storiografia francese contemporanea* y por el alemán Otto Dann quien organizó en 1983 un encuentro de especialistas alemanes y franceses sobre *Sociabilidad y sociedad burguesa*, que fue seguido por otro en Rouen ese mismo año, el cual versó sobre *Estructuras de sociabilidad*. También en ese año, la *Revista Universalia*, en un texto trabajado por Bernard Valade, consagró su rúbrica de Sociología “Temas y problemas”, a la “búsqueda de la sociabilidad”.

En 1968 en el libro de Agulhon titulado *Pénitents et Francs-maçons de l'ancienne Provence. Essai sur la sociabilité méridionale*, la sociabilidad se consideró como organizada de manera casi institucional por asociaciones voluntarias y también fuera de ellas, un tanto en la vida cotidiana. En la obra la palabra designaba especialmente la sociabilidad organizada de las asociaciones. El autor fundamentalmente llamó sociabilidad a la historia y funcionamiento de las asociaciones, mientras que de hecho ella estaba más en cierto acercamiento a lo cotidiano que comenzaba por entonces a llamarse historia de las mentalidades. Agulhon definió entonces la sociabilidad como la “calidad de esto o aquello que es sociable” (1984, VI); por tanto, todo grupo humano definido en el espacio, el tiempo o la jerarquía social posee por definición su sociabilidad que conviene analizar cómo sus formas específicas de sociabilidad. Agulhon pensaba entonces encontrar un test objetivo y casi un instrumento de medida en la estadística de la vida asociativa, en un vínculo ideal entre sociabilidad general y vida asociativa (1984, VII). En 1984, en la reedición de su libro, Agulhon dejó de lado la definición del concepto como aplicable preferentemente al estudio de los círculos de sociabilidad, tal como había sido entendido y seguido por muchos

investigadores, para pasar a la comprensión del concepto de sociabilidad como inclusivo de todas las relaciones interpersonales. Consideró entonces que la práctica de la vida asociativa no debía llamarse sociabilidad, es decir, que el fenómeno asociativo está lejos de ser tributario de la sociabilidad presumida del medio ambiente, sino que es, mucho más aún, de las condiciones políticas, sociales, jurídicas y culturales, razón por la cual la sociabilidad como vida asociativa y categoría histórica había sido retomada por los historiadores quienes encontraron como objeto de la historia el estudio del comportamiento de los hombres y entre sus particularidades, el estudio de su intersubjetividad (Agulhon 1984, VIII).

En la nueva edición de su obra Agulhon reconoció la influencia de Philippe Airès, fundador en Francia de la historia de las mentalidades colectivas, quien planteó la historicidad de la sociabilidad y de Yves Castan quien encontró el sistema de códigos que determinan con rigor la conducta de las gentes simples, concepto que Norbert Elias aplicó para el estudio de las clases dirigentes de la Europa occidental. Consideró Agulhon en el prefacio a su propia obra que, si la palabra sociabilidad revela una nueva conceptualización o una conquista verbal que trata de designar con un término muy general la relación del individuo con su entorno, con sus semejantes y su frecuentación y de designar lo óptimo de sus relaciones, su aspecto eufórico y gustado como tal, entonces no se estaría hablando de sociabilidad, sino de convivialidad. Definió entonces como sociabilidad a los “códigos de relaciones interpersonales existentes en todas las clases sociales” (1984, XIII), considerando importante el estudio de sus variaciones histórico-sociales y geográficas. Así, en 1984 para Agulhon los estudios de sociabilidad, como estudios de relaciones interpersonales, no excluyen el estudio de las relaciones entre las clases sociales.

Según lo manifestó Bidart, en 1988 empezaron a verse estudios de sociabilidad que trataban sobre la sociabilidad espontánea, informal, como lo hacían los trabajos del *Observatorio del Cambio Social de Francia* (1988, 7). En ellos se tendían a dejar de lado los estudios de redes de la forma como los habían iniciado los anglosajones, de tal manera que, si bien introducían la transversalidad en relación a los grupos sociales, permanecían limitados a lo formal y cuantificable. Se buscaba ahora abordar otro tipo de relaciones y su

contenido cualitativo haciendo de la sociabilidad interindividual un objeto en sí mismo, autónomo y significativo, eficaz para el nuevo estudio de otros dominios de lo social. Ahora, estudios basados en datos estadísticos sociográficos veían la sociabilidad desde un punto de vista sintético y producían un material complementario de los trabajos de campo más profundos, midiendo la sociabilidad por indicadores precisos y considerando que ella cruza finalmente todos los dominios de lo social.

Bidart define la sociabilidad como “el conjunto de relaciones sociales efectivas vividas, que unen el individuo a otros individuos por lazos interpersonales y/o de grupo” (1988, 623), centrándose, como una opción metodológica que, como ella lo reconoce, es siempre arbitraria, e igualmente, sobre el cruce de campos de naturaleza, de status y de niveles diferentes, lo cual le permite la comparación de los medios en los cuales se inscriben las diferentes formas de sociabilidad. Identifica ella que existen diversas relaciones constitutivas de la sociabilidad, reconocibles en niveles macro sociales. Esas diferentes sociabilidades recubren la distinción de lo formal/informal, de lo organizado/espontáneo y remiten a oposiciones muy estabilizadas relativas a la relación colectivo/individual, de diferente intensidad y variables según la edad y que revelan polos de identidades colectivas que marcan las fronteras entre sociabilidades. Se trata entonces de discernir los espacios que se articulan entre la sociabilidad colectiva y la individual, intensa o ligera. La identidad puede entonces construirse tanto en la identificación, como en el rechazo de las relaciones con los otros, en medio de situaciones de compensación o acumulativas en donde los diferentes campos se compensan; considera ella que la sociabilidad puede tener por característica el producir una sinergia de relaciones e identifica dos tipos ideales de sociabilidad: la colectiva y la coyuntural y ligera. Sin embargo, el estudio de tales variables no puede jamás describir totalmente un contexto, sino tipos ideales de sociabilidad.

Por su parte, Carrasco concibe la sociabilidad como los lazos entre los hombres y los grupos en un marco dado (1991, 9) y, Jean-Pierre Gutton en su estudio sobre *La sociabilité villageoise dans l'ancienne France* (1979), enuncia ciertos principios de la sociabilidad, determinando los marcos de vida en los cuales se insertan los individuos, comenzando por

los más evidentes como la familia, para llegar a los cuadros administrativos más complejos, las diferentes relaciones de fuerza que tejen entre ellos los diferentes grupos sociales y las diversas manifestaciones de la vida colectiva.

Son diferentes los tipos de solidaridades definidas por Robert Mandrou en su *Introduction à la France moderne*, donde distingue dos grandes conjuntos: solidaridades fundamentales que agrupan la pareja, la familia, la iglesia, los órdenes y las clases y solidaridades amenazadas y solidaridades inestables como el Estado, la realeza o la religión. En consecuencia, Mandrou llama solidaridades a aquello que Gutton llama sociabilidad; las primeras constituyen las condiciones de posibilidad de las formas de sociabilidad que actualizan, toman a cargo y orientan los factores de solidaridad y, por tanto, es la complementariedad entre estas dos nociones la que da cuenta de los mecanismos de inserción social.

Para Castellano y Dedieu (1998), las relaciones interpersonales dinámicas constituyen la sociabilidad. En este caso, éstas no deben considerarse de manera aislada, sino que se presentan como el espacio de interacciones que articulan el poder, la cooperación y el conflicto en una configuración social dada. Solo la puesta en contexto de lazos en su dinámica, permite comprender su sentido, pero el investigador solo aprehende segmentos de un tejido de relaciones donde la forma y las propiedades organizan un abanico de comportamientos posibles, y la elección de algunos para el estudio tiene efectos sobre sus formas y sus propiedades. Afirman que así, en las relaciones interpersonales no vemos la expresión de los lazos sociales que obligan a los individuos a prácticas regulares y previsibles por la fuerza de conjuntos de normas coherentes y externas a los autores y, por tanto, el historiador debe cuidarse de dar cuenta de esa variabilidad. De tal forma, la constatación de la existencia de un lazo entre varios individuos no autoriza en sí misma ninguna inferencia en cuanto a las conductas observables, observación que constituye, en un sentido amplio, el *análisis de redes* (Castellano, Dedieu 1998, 8-9) como método que permite el análisis sistemático de la estructura social.

Por otra parte, Jean-Pierre Gutton en una obra editada por primera vez en 1979 en la colección *Le temps et les hommes*, considera que palabra sociabilidad tiene una acepción precisa como el estudio de los lazos entre los hombres y los grupos sociales al interior de



un espacio dado y que son esas relaciones buenas o malas, amigables o conflictuales las que definen la vida social (1979, Préface).

Michel Trebitsch indica que el uso simplemente metafórico del concepto de sociabilidad amenaza con múltiples desvíos y que definirla como la clasificación de esos “lugares y redes de sociabilidad” conlleva muchas dificultades metodológicas. Cita Trebitsch la visión de Jean-François Sirinelli, autor que reconocía su deuda frente a Agulhon. Para Sirinelli, la sociabilidad más que una definición unívoca y sistemática como agrupación permanente o temporal, cualquiera sea su grado de institucionalización, en el cual se escoge participar, requiere una aproximación “a geometría variable”. Según Trebitsch, en sociología existen dos acepciones de sociabilidad. En el primer sentido, el del adjetivo “sociable”, se trata de una sociabilidad en lo cotidiano, poco diferente a la simple continuidad por vecindad geográfica, sociológica o demográfica que se caracteriza por la regularidad relativa de un modo relacional y la interiorización de normas de comportamiento para un grupo dado. En este caso se trata de descubrir las formas de agregación más que los contenidos y se distinguen criterios de edad, sexo o nivel profesional para estudiar de manera diferencial algunas formas de sociabilidad. En segundo lugar y casi de manera opuesta está la visión de una sociabilidad organizada, de una práctica relacional estructurada por una elección, con objetivos precisos de orden político, ideológico, estético, etc. Esta es una sociabilidad activa, a igual distancia de la comunidad “natural” de pertenencia y de la cercana forma política de organización de lo social (Trebitsch 1992, 13); dos miradas opuestas que Philippe Dujardin, rechazando el concepto de sociabilidad como pre-sociológico, llama sociología comprensiva y sociología estructural, porque invita a una acepción psicosocial que privilegia el momento de la autonomía del individuo y piensa la relación social en términos de intersubjetividad. El opone a la sociabilidad el concepto de *redes sociales* que concibe no como “cadena interindividual” en el sentido de la sociología norteamericana de los *networks*, sino como relación entre “círculos” o modos de pertenencia.

Se vuelve entonces al sentido y función que Agulhon atribuye a la sociabilidad, que en su concepción es una noción dual: una que lleva a la historia de las mentalidades y otra a la historia de las asociaciones y como tal, soporte de la elaboración de formas modernas de

politización (Trebitsch 1992, 18). Según palabras de Nicole Racine, para Agulhon la noción de sociabilidad reviste un doble sentido: largo (aptitud del ser humano de vivir en sociedad) y estrecho (aptitud a frecuentar asiduamente a sus semejantes). Así, el estudio de las sociabilidades se vincula con el estudio de las mentalidades vistas como una “historia de los hechos sociales de masas”. Para él, la historia de la sociabilidad liga íntimamente la historia de la vida cotidiana y de la vida colectiva, al estudio de las instituciones y de formas de sociabilidad específicas como las asociaciones, lo cual, bajo la influencia de Marx permite estudiar las clases en detrimento de los grupos más pequeños que interesan a la sociología alemana y norteamericana, así como hacer una clasificación de las asociaciones de manera más histórica sin determinarlas simplemente por sus funciones ya que, de hecho, la mayoría de ellas son plurifuncionales (Racine 1992, 32).

Antoine Lilti plantea que la noción de sociabilidad permite estudiar las prácticas de convivialidad, desde las más insignificantes hasta las más visibles, sin prejuzgar su coherencia o sus efectos ideológicos, es una herramienta preciosa para comprender los juegos sociales, políticos o culturales vinculados a prácticas débilmente institucionalizadas; considera así mismo que es necesario distinguir claramente la sociabilidad como herramienta historiográfica que estudia las relaciones sociales fundadas sobre la participación voluntaria y, la sociabilidad como noción de filosofía moral y política (Racine 1992, 10). Dujardin acepta que desde este concepto se trabaja en ocasiones el grupo, pero también, en ocasiones, los individuos en ellos mismos, en un trabajo que no distingue las proposiciones de la mirada histórica, de las de la mirada sociológica, pero que si distingue las propuestas de la *sociología comprensiva* preocupada por interrogar los lazos de los individuos o los grupos con los valores, de las proposiciones de la *sociología estructural* en mejores condiciones para llevar a cabo el análisis de relaciones en términos de red. También él considera que la sociabilidad es un débil instrumento pre-sociológico primero y luego psicosocial, que lleva menos a los estudios de caso que a su sucesión/yuxtaposición y, bien que instrumentalizada -en referencia a Simmel o Agulhon-, siempre puede ser cuestionada por el riesgo de descontextualización política e ideológica o por la equiparación de datos heterogéneos, cuestionamientos que llaman al trabajo de la sociología de redes (Dujardin 1992, 23-24).

De acuerdo a las consideraciones de Bernard Valade resulta amenazante que en la aplicación de la noción de sociabilidad, a pesar de las investigaciones que toman en cuenta los factores sociales, económicos y demográficos que influyen en las relaciones de un individuo con otro, se confundan los contenidos propios a ciertas formas de participación social con las formas de sociabilidad. Recuerda el autor que para Tarde, la ficción de igualdad, la tendencia a la armonía social y la atenuación de las distancias llevan a la eclosión final de la sociabilidad; al pensar que el volumen de sociedades está en razón inversa de la importancia numérica de la clase a la cual sus componentes pertenecen, ha comprendido que la naturaleza profunda de la sociabilidad es la sublimación del intercambio (Valade 1982, 338-342).

Para terminar, señalemos que para Trebitsch (1992), el marxismo no constituye un sistema cerrado, sino que es una fase *axiomática*, como dijo H. Lefebvre, exigiendo la puesta en escena o la reevaluación de los conceptos claves en un proyecto de extensión del marxismo que permite hablar de un marxismo crítico o marginal, en ruptura con la ortodoxia de los años treinta. Se trata entonces de no olvidar que el estudio de relaciones entre individuos al interior de pequeños y particulares grupos sociales, no implica olvidar los análisis de las clases sociales en las que ellos están inmersos.

#### **4. El concepto de análisis estructural**

Los comportamientos y las opiniones de los individuos están ligados a las estructuras en las cuales ellos se encuentran insertos. En las ciencias sociales el análisis estructural tiene por objeto las relaciones entre los actores individuales o colectivos ; cuando tiene por finalidad las estructuras de red se funda sobre el postulado que define que los actores sociales se caracterizan por sus relaciones, mientras que, en los otros esquemas de comprensión de lo social, ellos se caracterizan más por sus atributos , entre otros, sexo, edad, clase social, funciones que cumplen, acciones que adelantan, sentido que dan al mundo que los rodea o movimientos históricos en los cuales participan (Lemieux y Ouimet 2004, 5). Los atributos no se ignoran, sino que sirven para establecer diferentes

modalidades de relaciones sociales, en lugar de que las relaciones sociales sean consideradas como atributos. El *capital social* puede así ser considerado como un recurso de los actores sociales, al lado del capital económico, cultural o personal; pero el social -al reposar sobre las relaciones de un actor con otros actores- es el fundamental, frente a los otros considerados como atributos.

En relación con otros medios de análisis social, el estructural se distingue por su preocupación por las formas estables o evolutivas que toman las relaciones entre los actores (estructuras de *red*) o las relaciones entre proposiciones en el orden del discurso (las estructuras de *código*) que exigen una epistemología, teorías y métodos diferentes. El análisis estructural considera que los actores sociales se definen por sus relaciones y la forma de esas relaciones Lemieux y Ouimet 2004, 12-13).

Pero el análisis estructural no es una aproximación aplicable a todos los fenómenos sociales y por el solo no da cuenta del discurso y de las ideologías, ni de los aspectos relativos a las transacciones económicas y los procesos políticos; permite en cambio establecer que las relaciones sociales están muy presentes en los procesos en los cuales participan los actores. Quienes tratan datos empíricos, en lugar de pensar la realidad en términos de relaciones entre actores, se limitan a pensar en categorías construidas por agregación de individuos con atributos que se juzgan similares y determinados a priori como pertinentes. Ello, porque no es simple determinar las estructuras sociales y su rol efectivo para establecer esquemas explicativos de los fenómenos analizados identificando las relaciones entre las unidades del análisis. La pertenencia a una categoría no preside la acción y no todos los individuos pertenecientes a una misma categoría comparten las mismas normas consideradas esencialmente como causas, actúan de acuerdo a la interiorización de dichas normas y tienen una misma conciencia colectiva. Ello, entre otras cosas, porque la categoría amalgama posiciones estructurales que en el contexto relacional en cuestión, no deberían serlo.

El punto de vista del análisis estructural es totalmente diferente del análisis categorial. Se considera que las normas son construidas, nunca están definitivamente adquiridas; son

en realidad punto de llegada -en un momento dado- de las relaciones entre autores, ligadas, especial, pero no exclusivamente, a la situación estructural de individuos o grupos, no en relación abstracta con una totalidad, sino con relaciones concretas entre unidades que dibujan la estructura en la cual se encuentran. Los individuos pertenecen a categorías, pero también a redes y esas categorías deben tener vínculos con las relaciones estructurales que los unen. Es necesario estar en posibilidad de interrogarse sobre las relaciones que establecen las unidades, dado que no hay ningún medio de saber qué podría ser un individuo sin relaciones con los otros.

Como lo señala Degenne, el análisis estructural no es compatible con un determinismo social fuerte, sea intencionalista o solamente metodológico, porque conduce a una identificación a priori de las estructuras que plantea una casualidad abstracta entre estructuras e individuos, es decir que no tiene en cuenta las relaciones sociales efectivas y como lo muestra Granovetter, no evita la atomización de los individuos que es contraria al principio relacional de partida (Degenne y Forsé 2004, 20). El análisis estructural es compatible si la estructura no se reduce a una suma de acciones individuales y ejerce una restricción solo formal, dejando al individuo libre de sus actos, sin que todo le sea posible; la función de una relación y el estatuto de los actores dependen de su posición estructural. Por tanto, no es la suma de relaciones la que constituye la estructura, sino su combinación. En el análisis de red, no se recurre a ninguna sobredeterminación del individuo, las estructuras sociales son preexistentes a las relaciones, pero los individuos no son partículas del mundo humano, sino seres capaces de establecer elecciones relacionales y decidir en caso de divergencia y conflicto.

Según Lazega, el método estructural parte de la observación de la existencia o no de interdependencias entre los miembros de un actor colectivo o de un medio social organizado para reconstituir un sistema de interdependencias y descubrir la influencia de ese sistema en el comportamiento de sus miembros, las formas variables como ellos manejan sus interdependencias y las formas del proceso social producidas por esa gestión (Lazega 2007,5). Así, la estructura es una representación simplificada del complejo sistema social y los indicadores de las interdependencias sociales utilizados por el método estructural son las relaciones sociales; el sistema de interdependencias observadas es

metafóricamente llamado *red social*.

Comúnmente los investigadores tratan de utilizar datos de redes personales para adelantar el análisis estructural, separándose así de los estudios de sociabilidad. La red social se define como un conjunto de relaciones específicas entre un conjunto finito de actores, bien que el conjunto social nunca es realmente finito y que sus fronteras son constantemente negociadas de manera estratégica desde dentro y desde fuera; además, los actores colectivos y las entidades económicas y sociales de todo tipo existen como sistemas de interdependencia específicos, a niveles diferentes. Un sistema de interdependencias puede situarse en un contexto social mayor y por ello la red no puede considerarse como un actor colectivo, a pesar de lo cual el uso metafórico de conceptos tiende a considerar que el análisis de redes y el método estructural son sinónimos.

El método estructural representa de manera simplificada un sistema de relaciones o intercambios complejos entre actores, representación simplificada que identifica las regularidades en las relaciones sin perder de vista los actores individuales, sus acciones y sus interacciones. Los actores actúan en un contexto ya estructurado. El método propone entonces una articulación entre niveles micro, meso y macro en la observación y explicación de los fenómenos sociales y la actualización de regularidades agrega a los contextos de acción formalmente definidos por una estratificación y una clasificación múltiples, una dimensión relacional suplementaria, casi siempre desatendida.

A pesar de la complejidad del método estructural, la rutina investigativa ha terminado por caracterizar las aplicaciones a partir de distinciones entre los niveles individual, relacional y estructural, transformándolo en un conjunto de procedimientos que para muchos constituyen una aproximación estructural. El análisis estructural es un método que debe combinarse con otros; en tanto que método de contextualización relacional de comportamientos e intercambios, el análisis de redes puede reforzar las aproximaciones más cualitativas, pero utilizado solo, el análisis técnico de redes sociales es un ejercicio puramente formal (Lazega 2007, 18).

Para Jean-François Chauvard, la microhistoria ubica en el centro de sus

preocupaciones el análisis de los lazos sociales (2004, 87). Ella propone reducir la escala o mejor aún, jugar sobre las variaciones de escalas de observación y se interesa en los intercambios entre los actores sociales para individualizar los grupos en función de sus comportamientos, más que a partir de categorías sociológicas abstractas e inadecuadas. Se trata, como afirma J. Revel, “de estudiar lo social no como un objeto dotado de propiedades, sino como un conjunto de interrelaciones dinámicas al interior de configuraciones en constante adaptación” (Citado por: Chauvard 2004, 89). Además, en realidad, el investigador no dispone sino de un conocimiento fragmentario, discontinuo y a veces contradictorio, siempre parcial de los actores sociales.

Para adelantar el análisis estructural existen varias teorías, a saber: la de Granovetter sobre los lazos fuertes y los lazos débiles, la de Burt sobre los *trous* estructurales donde se encuentran los actores que no pueden comunicarse entre sí sino mediante la intervención de un tercero, la de agrupabilidad según la cual los actores forman bloques entre ellos al interior de los cuales las relaciones son positivas o negativas y, por último, la de la coordinación, según la cual hay al menos un actor que puede vincularse directa o indirectamente a cada uno de los otros actores (Lemieux y Ouimet 2004, 6).

Desde luego, no hay que olvidar que el análisis estructural -que no es sino una forma entre muchas de abordar los fenómenos sociales- como esquema de comprensión social y como método de análisis, tiene tanto ventajas como límites, pero es una herramienta interdisciplinaria que muestra semejanzas entre los procesos sociales que a primera vista son imperceptibles.

Hoy por hoy, el término de red hace parte de las herramientas nocionales de los historiadores, al igual que la palabra sociabilidad y el acercamiento de estos dos conceptos, a pesar de las diferencias que los caracterizan, no es fortuito. Al identificar esas diferencias es necesario recordar el viraje hacia la globalidad relacional social dinámica que ha dado el término de sociabilidad, antes cargado de una mirada a lo institucional, un tanto incambiable. Por su parte, el análisis de redes está ligado a los cambios de escala de las realidades observadas (Cassan 2003, 24), pero no es sinónimo de análisis estructural.

## 6. Acercamiento al concepto de redes sociales

Digamos a manera de introducción, que el análisis de redes sociales es una noción forjada en los años treinta en la psicología social y, más recientemente, en la micro-sociología y que progresivamente ha sido aplicado en las ciencias sociales incluyéndose de manera más reciente la historia. Pero, como lo plantea Zacarias Moutoukias ello ha significado que el interés por un mismo objeto muestre gran diversidad de puntos de vista y de aproximaciones (1998, 232) teórico-metodológicas. Como él lo sostiene en otro texto, esta propuesta de la microhistoria de reducir la escala de observación, que constituye un insumo esencial para comprender los fundamentos subyacentes de los vínculos sociales y no sólo de ilustrarlos (Dalla Corte 2002, 160), intenta “la reconstrucción de la dinámica de una configuración social, por medio del microanálisis del tejido formado por un definido conjunto de personas, interconectadas por una multiplicidad de lazos sociales, y esto como un medio para producir explicaciones sobre los fenómenos en los cuales dichas personas aparecen implicadas” (Moutoukias 2003, 15).

El hecho de hablar de relaciones sociales no implica que su aproximación mediante el estudio de redes se funde en las estructuras o en los actores aislados, sino en los lazos entre los actores dentro y fuera de dichas estructuras (Deroy-Pineau y Bernard 2003, 67). Y es que “el concepto de estructura social juega importante rol en los estudios en ciencias sociales en las cuales se han desarrollado métodos de “análisis de redes” que permiten un análisis sistemático de la estructura, pero hoy por hoy se plantea la pregunta sobre si este no representa sino una herramienta descriptiva que se agrega a las otras ya conocidas” (Degenne y Forsé 2004, 5).

La más frecuente utilización de la noción de red en los estudios sociales no pasa de ser metafórica, ya que reconstruida empíricamente a partir de un conjunto de lazos heterogéneos, suele referirse a redes de poder, redes clientelares, redes comerciales, evocando la más de las veces una vaga existencia de lazos sociales al interior o entre los grupos y los individuos. De la existencia de la relación tiende a deducirse la “existencia de



un sistema de obligaciones recíprocas y de la misma forma, la delimitación pertinente del grupo a partir del conjunto de relaciones personales, olvidando que los lazos sociales son construcciones dinámicas (Dedieu, Moutoukias 1998b, 15).

No todos los autores que estudian las relaciones sociales hacen un uso explícito de la noción de red, pero sin embargo, todos la utilizan, al menos, implícitamente, dado que el análisis de redes sociales permite definir claramente los grupos sociales en cuanto agrupaciones de intereses y solidaridades (Langue 2000, 102), permitiendo tratar las relaciones interpersonales como verdaderos objetos historiográficos. Tratando de superar el simple uso metafórico de la noción diríamos que se trata en los análisis de redes sociales de “Una conceptualización establecida a partir de los nexos entre los componentes del grupo [...] y no desde las características más o menos comunes compartidas por sus miembros, es decir, no se trata de una caracterización estructural que surge del análisis prosopográfico (oficio, origen geográfico, sexo, edad, índice de ingreso, etc.), el cual acabaría determinando y/o explicando el comportamiento de los miembros del grupo” (Sanchez Santiró 2007, 943).

Por otra parte, como lo señala Claire Lemerrier, el interés por las redes sociales “está ligado a la voluntad de sobrepasar el determinismo de las estructuras y el modelo simplista de elección racional, interesándose en los vínculos sociales, en los aspectos organizacionales, en eso que algunos llaman el nivel *mésos*” (2005, 88-89). Pero no se trata de contentarse con identificar la existencia de tal o tal forma de *red*, porque “debe especialmente indagarse sobre si esas *redes* son o no jerarquizadas, multipolares, cambiantes o permanentes, en qué momentos funcionan más como recursos o al contrario, como impedimentos para los individuos o los grupos. Tantos cuestionamientos que permiten evitar las más simplistas teorías de la modernidad, para las cuales la *red* es algo arcaico [...] o el sumun de la modernidad” (Lemerrier 2005, 89).

Por lo tanto, para el análisis de redes sociales no es suficiente concebir la red como un conjunto complejo de relaciones recíprocas existentes en un sistema social. Se requiere una noción analítica de red en la cual, “las características de los lazos tomados como un

todo -y expresados en términos de posiciones relativas de los individuos o de densidad, distancia, posiciones estructurales, etc.-, pueden servir para interpretar el comportamiento social de esas mismas personas o actores” (Moutoukias 2003, 477). De cierta forma, “la red es el resultado de una serie de *elementos trabados*, cuyo resultado final no equivale a la suma de sus partes, sino a una realidad distinta [...] es el *objetivo común* que persiguen todos los componentes de la red, organizados a tal fin”; “se pueden establecer niveles en la configuración de la red. Desde los niveles macros hasta los niveles de intervención concretos, la red, [...] se puede definir de muy diferentes formas, y se puede establecer también por procedimientos muy diversos” (Matta 2002, 175).

Según Frédérique Langué, “Sólo la utilización de otros conceptos -como las redes relacionales -permite definir claramente a estos “grupos sociales” en cuanto agrupaciones de intereses y solidaridades. De allí la pertinencia de la noción (más que concepto aunque pueda tener una vertiente matemática bien definida) de red social” (2000, 102).

Con el propósito de ir más allá de una noción metafórica del término *red social* con la cual se alude de manera simplista a un conjunto de individuos o grupos sociales vinculados de diversas maneras, nos adentramos en la definición de redes sociales que aporta uno de los investigadores que más la ha puesto en marcha en sus estudios históricos, el francés Michel Bertrand. Si bien en uno de sus textos de análisis de redes titulado “De la familia a la red de sociabilidad”, publicado en la *Revista Mexicana de Sociología*, Bertrand afirma: “No se busque aquí ninguna definición de las redes sociales puesto que la abundante literatura sociológica sobre el tema suple y sirve aquí de base o de guía” (1999, 112), lo cierto es que en muchas de sus obras, incluida aquella en la cual presenta dicha afirmación, él se detiene a dar una definición de la noción de red<sup>5</sup>, en términos de morfología,

---

<sup>5</sup> Véase por ejemplo:

- “Elite y redes sociales en Guatemala al tiempo de la independencia”. Bertrand, Michel (coord.). *Configuraciones y redes de poder...*, pp. 111-132.
- “Los modos relacionales de las élites ...
- “Familles, fidèles et réseaux les relations sociales dans une société d'Ancien Régime”. Castellano, Juan Luis et Dedieu, Jean-Pierre. *Réseaux, familles et pouvoirs...*, pp. 169-190, Chapitre VI.
- “Entre Espagne et Amérique: un outil au service de l'étude des liens interpersonnels”. Beaurepaire, Pierre-Yves, Taurisson Dominique (Comp.). *Les ego documents à l'heure électronique...*, pp. 435-445.

contenido, dinámica interna y finalidad.

En el artículo titulado “los modos relacionales de las élites hispanoamericanas coloniales: enfoques y posturas” y, seguramente basado en las definiciones propuestas por S. Nadel y J. C. Mitchell como él lo reconoce en otro de sus textos, Bertrand resume la noción así:

[...] no parece del todo inútil delimitar en un primer momento el contenido que generalmente se le da a este concepto [redes sociales] [...] De manera quizás un poco esquemática pero esclarecedora, se puede otorgar a una red un triple contenido. Primero su contenido morfológico: la red es una estructura constituida por un conjunto de puntos y líneas que materializan lazos y relaciones mantenidos por un conjunto de individuos. Segundo, su contenido relacional: la red es un sistema de intercambios que permite la circulación de bienes y servicios. Tercero, la red consiste en un sistema sometido a una dinámica relacional regida por un principio de transversalidad de los lazos y susceptible de movilizarse en función de una finalidad precisa. Se puede definir entonces a la red social como un complejo sistema relacional que permite la circulación de bienes y servicios, tanto materiales como inmateriales, dentro de un conjunto de relaciones establecidas entre sus miembros, que los afecta a todos, directa o indirectamente y muy desigualmente.

Esta definición, muy amplia, implica para el historiador el reto de reconstruir estructuras en ciertos casos muy extensas y por lo tanto muy difíciles de captar en su totalidad. Abandonando entonces la idea de una reconstrucción exhaustiva, lo que se pretende alcanzar es generalmente una identificación de redes parciales en base a las cuales se pueden identificar las lógicas relacionales y de intercambio que transitan a través de la red. Desde esta perspectiva, la red social viene a ser una herramienta al servicio de un planteamiento de corte microhistórico.

El [...] uso metafórico del concepto de red [...] Además de no considerar la importancia -muchas veces fundamental- de las relaciones conflictivas en las configuraciones de los sistemas relacionales, significa también descuidar la diferencia entre un lazo y una relación: mientras el primero remite a la estructura, o sea a la dimensión morfológica de la red, la segunda repercute en la dinámica que circula dentro de la estructura. Esta distinción fundamental significa que todos los lazos no se traducen ni siempre ni sistemáticamente en términos de relaciones, lo cual abre paso a la existencia de «estructuras adormecidas» que pueden, sin embargo, ser reactivadas en todo momento por cualquier miembro de la red según las necesidades impuestas por el contexto. Esto último pone de relieve precisamente lo que constituye la especificidad del análisis en términos de redes, o sea la toma en cuenta de lo coyuntural y de la capacidad de los actores sociales para responder, a partir de la - comprensión de que hacen gala en dicho contexto, de poner en marcha las

respuestas que consideren adecuadas (Bertrand 2000,74-75).

En relación con los lazos fuertes y débiles Moutoukias recuerda el planteamiento de Granovetter quien afirmó: “puesto que los lazos fuertes constituyen el espacio de la redundancia social, donde todos conocen a las mismas personas y, por lo mismo acceden al mismo tipo de recursos, entonces son los lazos débiles los que constituyen puentes hacia otras posibilidades, es decir las relaciones con aquellas personas que, porque no se conocen entre sí, abren la comunicación hacia otras gentes y otros recursos fuera de los que se alcanzan normalmente. De este modo, Granovetter construye una conceptualización que le permite pasar de las interacciones reducidas a su mínima estilización analítica, a configuraciones más amplias que explican fenómenos como la circulación de la información, la articulación política o las formas de las fronteras sociales [...] la estructura de las redes egocentradas como organizadas en dos segmentos, uno compuesto de amigos y afines fuertemente interconectados independientemente de ego, que comparten recursos, información y posición social; y el otro integrado por personas vinculadas al ego pero no entre sí, que conectan con otros círculos. Si consideramos un medio cualquiera como formado por la intersección de redes egocentradas así constituidas, el modelo de la fuerza de los lazos débiles implícitamente supone un alto grado de homogeneidad social en las partes más densamente conectadas” (Moutoukias 2002, 16-17).

Para Jacques Poloni-Simard, “hablar de red, es hablar de lazos, y el lazo plantea dificultades, tanto en el manejo que hacían los actores como en el uso que hace de él el historiador”. Según él, son numerosos los criterios que permiten calificar los lazos: naturaleza del vínculo, duración, geografía, contenido de la relación, peso de las normas sociales y las impuestas por la fuente, y jerarquía (Poloni-Simard 2002, 36). Agrega él que toda relación, además de combinar varios sentidos, puede cambiar de significado en el transcurso del tiempo, poniendo en evidencia con ello la multiplicidad del tejido social y la complejidad de las relaciones sociales.

Hablando de la acepción morfológica de la red e identificándola como una herramienta para estudiar la estructura de sociabilidad, Bertrand precisa que dicha

caracterización:

[...] nos invita por tanto a “reflexionar” sobre su forma, sus límites y hasta sus articulaciones ocasionales en subredes. En la literatura sociológica, este planteamiento morfológico se traduce en la identificación de tipologías de formas de redes, identificando formas de sociabilidad. Éstas podrían así oscilar entre una red construida exclusivamente o de manera dominante por o en torno a un individuo -la red personal egocentrada- que caracteriza una "sociabilidad individual", es decir, construida a partir de un solo y mismo individuo: En el otro extremo, existirían en cambio redes de relaciones fragmentadas, estructuradas no en torno a un núcleo central sino en torno a varios centros y que dan nacimiento a una estructura polinodal. Construida con mucha frecuencia en el interior de un grupo que tiene una existencia previa a la red y que sirve de apoyo a las relaciones entre los miembros de la red, caracteriza una sociabilidad que los sociólogos bautizan como “colectiva” (Bertrand 1999, 119).

El hecho de identificar el entorno relacional de una persona con la noción de red egocentrada permite distinguir a su interior diferentes componentes con diversa densidad, “es decir partes donde se superponen diferentes conceptos normativos -parentesco, amistad, vida profesional, etc.- donde todos conocen a todos; de otras en donde las conexiones entre los individuos resultan de una única esfera compartida como las actividades profesionales o las sociabilidades religiosas y políticas y, otras aún, donde las personas no están unidas por ningún lazo con el ego tomado en cuenta, pero comunican con diferentes segmentos sociales” (Moutoukias 2003, 454).

En cuanto a la acepción relacional, la red es un sistema de intercambios en cuyo seno los vínculos o las relaciones permiten la circulación de bienes o de servicios. Los vínculos tienen dos caracteres particulares. “Por una parte, su realización supone que los intercambios a los que dan lugar afectan no solamente a las dos personas directamente puestas en relación en el marco del intercambio, sino que también repercuten más allá en los vínculos y las relaciones adyacentes a los dos actores. Por otra parte, el vínculo así definido remite tanto al estudio de las funciones de intercambio realizado como a su contenido”. Por lo tanto, no se puede “disociar un vínculo del proyecto que lo motiva, de las intenciones y de las finalidades que lo subtienden” y su análisis implica tomar en cuenta “la transversalidad de los vínculos y de los lazos a los que dan lugar, transversalidad que se

acompaña “por una redundancia de los vínculos, aumentando con ello la importancia, si no es que la diversidad, de los intercambios realizados”, haciendo de la red, “un complejo sistema de vínculos” (Bertrand 1999, 119-120). El análisis en términos de red permite tomar en cuenta las elecciones -no siempre sistemáticas ni racionales- “efectuadas por los actores sociales en la movilización de sus relaciones para darles un contenido en términos de vínculo” (Bertrand 1999, 120).

Para Gabriela Dalla Corte, “la red social como un concepto abstracto permite articular en forma sincrónica los vínculos que sustentan a las personas en sus elecciones y opciones, pero no olvidar que esas personas actúan previendo sus acciones futuras y las de quienes les rodean”(2002, 160), concepto que comparte Evelyne Sánchez, quien plantea que “Una red está hecha de vínculos entre varios individuos, de naturaleza distinta, que existe para responder a dificultades que los actores han identificado. Si la red funciona según una finalidad, estudiarla en su contexto es una obligación” (2002, 185). A su turno, las relaciones interpersonales posibles tienen efecto sobre la forma y las propiedades que toman dichas relaciones. En dichas relaciones no se ve “la expresión de lazos sociales que constriñan a los individuos a prácticas regulares y previsibles por la fuerza de conjuntos de normas coherentes y externas a los actores [...] el historiador debe ocuparse de dar cuenta de esa variabilidad [...] El análisis de redes sociales plantea el principio según el cual tanto el contenido como el volumen de los mensajes depende de la naturaleza de los lazos entre remitores y destinatarios, quienes son a la vez afectados por el conjunto de otras relaciones interindividuales existentes en la red” (Moutoukias y Dedieu 1998, 9 y 11). Un tejido de lazos soporta toda clase de interacciones, desde aquellas que aseguran la transferencia recíproca de manera que en la dinámica de estas relaciones el rol de las transacciones es un aspecto fundamental de las interacciones “que se articulan en un proceso permanente que hace emerger asimetrías sociales por su propia dinámica, independientemente del estatuto y de los recursos de los actores comprometidos en las interacciones recíprocas. Es el proceso permanente de transacciones el que hace emerger las configuraciones cambiantes de las relaciones de poder entre los individuos” (Castellano y Dedieu 1998, 10). Las formas de organización no son adaptaciones funcionales a contextos particulares y específicos, ni arcaísmos de larga duración, sino que, al contrario “estructuran el espacio social de manera

coherente y activa y favorecen el desarrollo de actitudes y estrategias que guían las acciones por perspectivas percibidas como posibles” (Gribaudo 1995, 188).

Por otra parte, además de su dinámica, es necesario reconocer que una red “no sólo se extiende horizontalmente, sino *que adquiere también* una dimensión vertical, o en otras palabras, muestra una jerarquización, de manera que las relaciones *de reciprocidad* se transforman parcialmente en relaciones *de patrón-cliente*. La cohesión de la red, la confianza y la *reciprocidad pueden* ser motivadas por un interés concreto, pero también por lazos de parentesco, etnicidad o amistad” (Hausberger 2006, 728). Es el análisis de la antigüedad de lazos y su grado de proximidad el que permite precisar la naturaleza del tejido de relaciones. Como sostiene Jacques Poloni-Simard, el análisis en términos de redes “hace aparecer los individuos en el centro de muchas estrellas; éstas pueden llamarse los mediadores y tienen un rol específico que debe verse” (1998, 223). Dedieu propone como idea clave proceder a la descomposición de lazos en sus partes constitutivas: “La crítica documental, la base misma de nuestra disciplina, no constituye otra cosa, en último análisis, que una de-composición del mensaje en niveles de información de naturaleza diferente y por consecuencia en un análisis del carácter múltiple del lazo que une emisores y receptores [...] una de-composición de relaciones según esa malla de lectura que es el análisis de redes-actores, lazos que los unen, informaciones que circulan y verificación de la coherencia entre esos elementos- permite dar transparencia al contenido e identificar en su seno las ausencias, regiones del discurso en las cuales la red explícitamente mencionada por el documento no es suficiente para expresar, eso precisamente donde reside la información que buscamos. En ese sentido, la de-composición explícita de los lazos constituye un formidable instrumento heurístico” (Dedieu y Moutoukias 1998b, 249).

Bertrand indicaba que el análisis en términos de redes tiene limitaciones y no puede ser exhaustivo. Pues bien, es importante tener en consideración que solo puede comprenderse una red parcial tomada como objeto de estudio, si se tienen en cuenta las características del segmento de red total del cual se extrae el segmento parcial, totalidad que siempre se nos escapa en un estudio particular. Sin embargo, este tipo de análisis informa sobre la red total y por tanto, la pregunta sobre la extensión misma de la red puede resultar peligrosa en la medida en que implica una visión estática de dicha red y, además, la reconstitución de redes de un individuo no puede ser considerada como exhaustiva sino

hasta cuando el conjunto de sus redes parciales ha sido descrita. La estrategia de los autores reposa sobre la puesta en comunicación de redes de naturaleza diferente y por ello, todo estudio unidimensional que no se interese sino a un tipo de relación resultaría viciado desde la base. Así considerado, la oposición entre red total y red parcial constituye una herramienta heurística.

Otro aspecto interesante de la teoría de redes es la posibilidad de representar las observaciones utilizando gráficas de puntos que representan a los individuos y líneas orientadas que permiten ver la configuración de la red, determinando la posición relativa de los actores en el conjunto de la red, identificando la densidad de la red (relación entre la cantidad de lazos existentes en la red y el número de lazos posibles), la conectividad que puede determinar subconjuntos, la multiplicidad (relación entre el número de intercambios y el número de lazos existentes en la misma red), el grado de jerarquización de la red y la centralidad de un individuo en el seno de la red.

Digamos también que en un análisis en términos de red, en el cual los individuos no son solo personas físicas, los entes claves en un grupo no son siempre los más integrados, sino aquellos que mantienen contactos con el exterior como articuladores. Así mismo, que “en materia de redes, el concepto de cadena es importante. Las informaciones y otros recursos circulan de una persona a otra y en el momento cuando se establece una transmisión en una cadena de lazos débiles, el mensaje corre el riesgo de atenuarse y perderse” (Mouysset 2003, 55).

El análisis en términos de red tiene desde luego fronteras y límites, pero igualmente representa posibilidades. En la práctica resulta imposible reconstituir la red en su globalidad y además, no todas las posibles relaciones entre los actores dan necesariamente lugar a vínculos. Es decir que, en el intercambio existe una diferencia entre relaciones efectivas y relaciones potenciales, que pueden convocar a la tentación de identificar subredes cuyos límites son cambiantes, sin superar la dificultad surgida de la incapacidad efectiva de reconstituir en su globalidad una red de relaciones. Esos fragmentos de red funcionan en parte según los círculos sociales o de sociabilidad y pueden ser identificados



sobre la base de un triple análisis complementario referido en primer lugar, al análisis cuantitativo que permite medir la “densidad relacional” que pone de manifiesto zonas de fuerte o baja intensidad. En segundo lugar, la participación en un círculo de sociabilidad puede suponer en sus miembros la existencia de una elección que no siempre llega a traducirse en conciencia de pertenencia; el círculo de sociabilidad podrá entonces ser el lugar de relaciones y de vínculos elegidos, o bien de afinidades, y activados en un momento dado por uno de los miembros de una red, en función del análisis de los intereses del momento, pero también en función de las jerarquías o de las limitaciones que pueden pesar sobre ellos en virtud del o de los proyectos que se fijan. Otro aspecto se refiere a entrar en la identificación de un círculo de sociabilidad como componente de una red. Se trata de la dimensión cualitativa inherente a toda relación y a todo vínculo”, que remite a la noción de la calidad del vínculo actuado a través de una relación que da lugar a intercambio y que se traduce en la relación establecida entre vínculos “fuertes” y “débiles” y las posiciones de centralidad intermediaria, en medio de la existencia de círculos relacionales que pueden entrar en conflicto de acuerdo al *capital social* que los miembros del grupo movilicen.

El análisis de red aparece entonces como un procedimiento útil, porque permite desplazar la mirada desde grupos predefinidos hacia los comportamientos individuales, pasar de una escala de observación macroscópica al examen intensivo de un campo limitado, abandonar el uso de categorías abstractas prefiriendo el estudio de configuraciones sociales relacionales, dejar la explotación seriada de índices simples a cambio de una puesta en escena biográfica de las fuentes. “Las redes ocupan un lugar importante y sirven cada vez más de herramientas de análisis y de factores explicativos”

(Dolan 2004, 140); “La posibilidad de llevar a cabo estos análisis a nivel *micro*, pensado sobre todo como un *juego de escalas*, significó el surgimiento de nuevos planteamientos capaces de aclarar la complejidad del juego social y permitió alcanzar, a partir de lo puntal, cierto nivel de globalización” (Poloni-Simard 2002, 7). En este tipo de análisis que aplica el método micro analítico de redes sociales, el contexto deja de ser marco rígido y fijo para convertirse en elemento dinámico que interviene en el devenir histórico, cambiando el juego de escalas para establecer la jerarquía y estratificación de las relaciones, permitiendo

destacar la riqueza de las identidades colectivas e individuales que no pueden resolverse en una definición exclusiva de orden socio-económico, logrando comprender los fundamentos subyacentes de los vínculos sociales en lugar de sólo de ilustrarlos (Dalla Corte 2002, 140). Las herramientas propuestas por el análisis de redes permiten producir indicadores cifrados y esquemas de síntesis no sólo fundados sobre la intuición y ayudan a reflexionar sobre conceptos tales como la centralidad, la cohesión, la intensidad y la estructura de las relaciones sociales, en un análisis dedicado especialmente a comprender flujos (Lemercier 2005, 94). Esta herramienta de análisis social permite superar las limitaciones de los estudios prosopográficos de tipo clásico, puesto que, “al dedicarse a la determinación de un grupo, a su composición, a su originalidad o a su especificidad, la prosopografía corre el riesgo de descuidar la naturaleza de los vínculos que unen a los individuos entre sí; tanto más cuanto que no todos los grupos sociales se estructuran a partir de reglas claras, legibles y estables de manera permanente” (Bertrand 2011a, 15). En oposición, la posibilidad de llevar a cabo estos análisis *micro* significó el surgimiento de nuevos planteamientos capaces de aclarar la complejidad del juego social y permitió alcanzar, a partir de lo puntal, cierto nivel de globalización.

Es la importancia de los estudios micro para profundizar en los grupos y la estratificación social que se alimenta en el estudio de las trayectorias individuales y familiares, en el análisis de las redes sociales y en el uso de conceptos provenientes de la sociología y la antropología produciendo cambios de enfoques. “El análisis de las redes sociales restituye la complejidad de cualquier conjunto social, insiste sobre la dinámica que lo anima y, en base a las relaciones entre sus miembros, tiende a reconsiderar los problemas de la estratificación y de la acción social. Por esa vía, también reformulan los mecanismos de funcionamiento de la autoridad y la política” (Bertrand 2000, 18).

## **7. Conclusiones**

Es innegable que los cuestionamientos a la propuesta de historia total de la *Escuela de Anales* abrieron el paso al retorno al peso de la coyuntura, de lo puntal, del

acontecimiento, de los estudios del sujeto y del actor individual, de la desaparición de los marcos únicos y excluyentes.

La primera historia social fue en efecto una historia económica que definía esencialmente los *grupos* por criterios económicos, buscando precisar su diferente posición en el aparato de producción, con fronteras demarcadas por sus intereses frecuentemente antagónicos; las diferencias de naturaleza económica conducían a una clasificación social que coronaba con el estudio de los conflictos y tensiones sociales. En los últimos veinte años, con la colaboración de escuelas historiográficas diversas, entre ellas la francesa de los años 70 con Maurice Agulhon y sus estudios de sociabilidad y la anglosajona con E. P. Thompson y E. Hobsbawm, los estudios sociales tomaron distancia del marxismo estructuralista y del determinismo unívoco, integrando a los modelos de cambio histórico la noción de pluralidad de factores, colocando al ser humano en el primer plano como agente de los procesos de cambio, enriqueciendo y redefiniendo la noción de clase social, superando la causalidad única, el determinismo lineal y los análisis fundados sobre la estratificación; se produjo entonces una profunda renovación de concepciones y métodos y se abrió la vía al análisis social en términos de actores y de redes de relaciones, descubriendo la complejidad social. Nace entonces la microhistoria para el análisis minucioso de universos restringidos que permite estudiar la interacción de elementos diversos en el seno de una sociedad; los actores tipo clases, grupos sociales o Estado dejan el lugar a actores reales, a los individuos con sus motivaciones y a las interacciones estratégicas que éstos tienen con su entorno.

Al respecto y reivindicando la necesidad de los análisis de redes sociales como complemento de los análisis que denomina *clasificatorios*, en su reflexión sobre la insuficiencia de la noción tradicional de *grupo social*, José María Imizcos considera que “las categorías sociales que sirvieron de base a los análisis anteriores (grupos sociales, clases, capas sociales), lejos de ser absolutas no tienen sino un valor relativo y son la mayoría de las veces insuficientes, porque ocultan inconscientemente, como herramienta de análisis los actores sociales y su acción en la sociedad. Un análisis en términos de redes sociales es por tanto necesario, Desde mi visión, éste no excluye sino que completa el

análisis clasificatorio. Hasta hace poco los historiadores tenían la tendencia a delimitar los grupos sociales procediendo por separación de elementos diferenciados por sus atributos y no por la agregación fundada sobre los lazos que les unen. Veremos que esta manera de proceder es típica del pensamiento contemporáneo, de la sociología que nace con la sociedad de clases y que identifica la diferencia social con la separación” (Imizcos 1998, 37). El autor considera que el análisis clásico de categorías sociales está limitado en primer término, porque las categorías que instaure tienen solo valor relativo en función del referente utilizado para definirlos, solo explican los procesos ligados a dicho referente, no constituyen realidades absolutas o totales y no develan la realidad social. En segundo lugar, porque en el paso de la clasificación en categorías a la explicación de la acción social se corre el riesgo de tomar las categorías por los actores como si los grupos sociales predefinidos constituyesen las unidades reales de vida y acción colectiva y de reagrupar individuos que no actúan conjuntamente o de separar aquellos que lo hacen en estrecha relación, haciendo necesario usar una herramienta que parte de aquello que une y no de lo que separa, desarrollando la investigación con una observación más detallada (Imizcos 1998, 34-36). Según Imizcos, esto lleva a la necesidad de preguntarse de nuevo sobre la relación entre individuo y sociedad, entre microcosmo y macrocosmos, para tomar en cuenta al individuo sin perder de vista la multitud de actores individuales, sin perder de vista la configuración del conjunto de la sociedad, las estructuras sociales y los grandes procesos de cambio histórico, para lo cual la noción de *lazos sociales* definida como articulación del colectivo, estructuradora de los actores sociales y soporte de la acción en sociedad, parece aportar una respuesta.

Continúa Imizcos diciendo que el cuestionamiento sobre la cuestión del grupo social no significa el retorno a la simple individualidad; representa un riesgo multiplicar las individualidades desorganizadas para llegar a una disgregación de las estructuras sociales o reducir éstas a simples interacciones entre individuos. El hecho social está constituido de relaciones y la trama de una sociedad son los lazos y las redes de relaciones entre individuos o colectividades. Por otra parte, más que reducir la sociedad a grupos o clases, es necesario retomar su estudio insertándolas, sin anacronismo, en el contexto de las relaciones de dependencia tal como las define la historia social actual, analizando la gama

de comportamientos posibles entre la máxima concordia y la tensión subyacente y el enfrentamiento abierto y teniendo presente que cada lazo está regido por reglas propias que determinan su funcionamiento interno.

Ahora bien. Esta mirada de Imizcos que hemos presentado líneas atrás supone que los análisis de redes al retomar al individuo como centro del análisis se acercan más a la realidad, pero a juicio de otros autores, con esta mirada se corre el riesgo de tomar la metodología de acercamiento como la realidad misma. Reconociendo la importancia de los estudios de redes y de la pluralidad metodológica, Bernd Hausberger, por ejemplo, no comparte los planteamientos anteriores. Veamos:

[...] ya no deberíamos partir de una base de fuentes seleccionadas según los criterios del autor para reconstruir las estructuras que creemos que rigen los procesos históricos. Necesitamos más bien un conocimiento tendencialmente completo de las relaciones sociales que se están dando en un hecho, en un lugar y en un momento concretos; pero para tal tarea por fortuna como ha dicho Eduardo Miguez [en su *Microhistoria*] casi nunca tenemos suficientes referencias [...] Si se rastrea sistemáticamente el curso de los filamentos de una red, prácticamente de forma inevitable llegaremos a la reconstrucción de un tejido que cubre toda la sociedad o, incluso superando todas las fronteras pensables, el *sistema mundo* en que nos movemos, como telaraña inextricable, en la cual, de una u otra manera, directa o indirecta, los nudos, es decir los individuos, los hechos y también los símbolos y discursos, están interconectados. Así, el método nos obliga a regresar al inicio de cada investigación social. Ante el caos de los fenómenos observables empíricamente, debemos buscar algún principio o principios que puedan ordenar o estructurar la confusión. Para no perder la funcionalidad epistemológica, hay que delimitar la red, definir el ámbito del microcontexto y jerarquizar los vínculos observados. La usanza más común siempre ha sido aislar los lazos relacionados con una persona concreta para definir *una red egocentrada* como sistema parcial dentro de *la red total* de las relaciones y vínculos realmente existentes. Con todo, tiene que quedar claro que también la red, entendida como práctica, es una abstracción como los conceptos de las estructuras y no reproduce la realidad más fielmente que aquéllas. *El valor del análisis de redes*, por lo tanto, *no reside en su mayor analogía con lo real*, o en la individuación de los actores sociales, sino [...] en poner de relieve mecanismos de comportamiento social invisibles de los modelos estructurales (Hausberger 2006, 734-735).

Antonio Ibarra y Guillermina del Valle insisten en que, “Para la historia económica y social el abandono del paradigma estructuralista, en sus distintas versiones historiográficas,

ha representado una suerte de naufragio de valores teóricos y miradas históricas de larga tradición; pero no sólo eso, también ha permitido el abandono de una narrativa centrada en conceptos y categorías para retornar al individuo como actor de procesos históricos. Enriquecida por la lectura interdisciplinaria del pasado, la investigación histórica reciente ha retomado de la sociología y la antropología algunos antiguos tópicos, como las nociones de red social y cultura, para darle un giro a la imagen que del pasado se cultivó desde una posición estructural de la acción colectiva” (Ibarra y Valle Pabón 2007, 717).

No obstante, a nuestro juicio, todos los reconocidos procesos de cambio de los últimos años y el avance sobre el estructuralismo determinista no deben llevarnos a pensar que la modernidad le ha aportado todo a la ciencia gracias a sus nuevas metodologías. El alejarse de una lectura determinista de las propuestas marxistas de *Anales* no significa que las nuevas ciencias sociales hayan descubierto al individuo y menos aún, que se deba optar por el individualismo. De hecho, el reconocimiento del papel del sujeto estaba ya en la propuesta de Fernand Braudel quien afirmaba:

Todos percibimos el peligro de la historia social: olvidar, en la contemplación de los movimientos profundos de la vida de los hombres, a cada hombre enfrentado a su propia vida, su propio destino; olvidar, negar quizá, lo que cada individuo tiene siempre de irremplazable, porque poner en tela de juicio el importante papel que se ha querido atribuir a algunos hombres *abusivos* en la génesis de la historia no significa, de ninguna manera, negar la grandeza del individuo, en cuanto individuo, ni el interés que tiene para un hombre el asomarse al destino de otro hombre (Citado por: Bertrand 2011a, 33-34).

No es por tanto necesario partir de la negación de los soportes más clásicos de la historia para declararse partidario de la utilización de la metodología de análisis de redes sociales para el estudio de las relaciones interpersonales. Análisis de redes y método estructural no son sinónimos. Tanto los estudios de la sociabilidad entendida como recientemente la plantea Agulhom, como el análisis estructural, proponen articulación entre niveles micro, meso y macro del estudio de lo humano en sociedad. Ninguna herramienta metodológica garantiza por ella misma la comprensión de la totalidad social que, sin embargo, no ha dejado de ser paradigma de la construcción histórica.

El individuo es, teórica y metodológicamente condición de acceso al objeto red, pero la insistencia demasiado exclusiva sobre el papel del individuo puede desembocar en una negación de lo social. Jean-Paul Zúñiga lo señala en los siguientes términos:

Todo historiador que trabaje sobre conjuntos humanos que constituyan lo que solemos llamar "redes" se encuentra tarde o temprano frente al problema de saber qué significan realmente los lazos invisibles que existen entre los diferentes miembros de una colectividad. ¿Cómo interpretarlos? ¿Cómo descifrarlos?

Estas preguntas cobran aún mayor relevancia cuando se considera el hecho de que una misma "nebulosa" humana puede dar lugar a la definición de diferentes conjuntos o grupos, ya que en definitiva es el historiador mismo quien constituye el grupo, el que lo "fabrica" por así decirlo, al considerar dentro del conjunto de todas las relaciones sociales posibles únicamente aquellas que le parecen relevantes o significativas para analizar un problema dado (Zúñiga 2000, 51).

Como señala Claire Lemerrier hablando de lo posible o no respecto de la mirada sobre el empleo de la red como herramienta de análisis social:

[...] esta técnica [de los estudios de redes] no ha producido hasta hoy sino resultados limitados en particular en razón de los problemas de fuentes, en historia social (familia, estratificaciones, elites). Por el contrario, ella parece útil de manera instrumental en dominios o disciplinas quizás inesperados como la geografía, la historia, la historia de saberes o esa de las empresas. El campo de estudio más dinámico se sitúa siempre del lado de la política, del estudio del empresariado y de redes de organizaciones [...] Confrontarse al análisis de redes lleva en particular a dar todo su lugar a las cuestiones de frontera y de jerarquía. [...] Incluso si se desea utilizar el análisis de redes como una simple herramienta, con frecuencia se plantea, en particular en historia social, la cuestión de la evolución real de las estructuras relacionales, a un nivel macro; para evitar una visión caricatural del *arcaísmo* y de la *modernidad*, antes que todo análisis en términos de redes sin duda es necesario precisar las hipótesis sobre este punto [...] El análisis de redes no propone, intrínsecamente, una visión conciliadora de lo social, que demuestre que todo es posible o rechace toda noción de estructura o de clase. No es tampoco un nuevo objetivismo que permita cartografiar la estructura social y prever todo comportamiento individual. Puede presentar el lazo a la vez como recurso o como impedimento, ver al individuo y su entorno o bien las fracturas y jerarquías de una estructura más grande. Un estudio histórico de redes, de su génesis y de su evolución es de otra parte un buen guardián contra todo determinismo. Además, un estudio sistemático de lazos puede permitir concluir a la ineficacia de redes, a la preeminencia de otros fenómenos (del orden del atributo, de la acción de

mercado, de la institución...): en resumen, tomado como una herramienta, el análisis de redes no concluye forzosamente que *todo es red* y puede hasta permitir invalidar tales a priori [...] no es tampoco una herramienta milagrosa para pensar el lazo social, del pasado o del presente, pero puede ayudar a concluir sobre hipótesis que deben ser elaboradas antes a partir de fuentes clásicas, simplemente vistas de nueva manera (Lemerrier 2005, 90, 98, 110-111).

En el mismo sentido de impedir la absolutización de la importancia y sentido del análisis de redes y de no perder de vista su complementariedad con los estudios de estratificación social, escribe Zacarias Moutoukias que: “[...] las conceptualizaciones realizadas por Granovetter en su modelo de 'la fuerza de los lazos débiles' nos brindan una matriz de instrumentos con los cuales abordar la compleja dinámica de las relaciones interpersonales, que a su vez nos abre a ciertas constataciones sobre la estratificación social. Como es bien sabido, el objetivo de dicho autor era formular hipótesis que le permitieran vincular la emergencia de estructuras globales con los micro mecanismos de las relaciones interpersonales tomadas de dos en dos” (Moutoukias 2002, 16). Esta opinión se complementa tanto con la de Vincent Gourdon, para quien “el problema de la red utilizada como instrumento de análisis o herramienta de investigación es que no hay que confundirla con una forma social; el problema es que con mucha frecuencia se hace el traslado semántico y la red recibe un valor de actor social en sí”, como con la visión de Philippe Guignet quien considera que los trabajos de microhistoria son necesarios, pero se interroga sobre el postulado individualista o personalista que les inspira (Ruggio 2004, 256). Terminamos estos enunciados que invitan a repensar la relación entre la herramienta red y los planteamientos de estructura social y jerarquización citando la diferencia que Michel Cassan establece entre red y sociabilidad: “El término de red ha conquistado recientemente y de manera rápida un lugar elegido en el vocabulario y el campo de las investigaciones históricas. Hoy hace parte de las herramientas nocionales del historiador lo mismo que la palabra sociabilidad hace treinta años. El acercamiento de los dos términos no es para nada fortuito, bien que netas diferencias caracterizan las dos realidades [...] La individualización de una red es extremadamente delicada. En efecto, luego que el historiador aprehende la red, esta existe, funciona después de un tiempo difícil de determinar en una configuración a priori cambiante y donde la entera visibilidad no está asegurada a partir de los documentos disponibles [...] esas consideraciones de esencia



metodológica buscan hacer evidente la distancia aun sensible entre el éxito de la noción de red y la fragilidad o la volatilidad de su definición [...] (Cassan 2003, 24-25).

Digamos entonces que los análisis de redes sociales representan un importante aporte al estudio del ser humano en sociedad, con nuevos recursos investigativos, que no deben buscar la exclusividad, sino por el contrario, reconocer el valor de la complementariedad. El afán por llegar a posiciones que nos parezcan más cercanas a la moda de la posmodernidad no justifica que esta herramienta deje de lado los estudios posibles desde otras metodologías y postulados más clásicos de las ciencias sociales. Se trata, a mi modo de ver, de reconocer el valor de la pluralidad para el estudio de lo complejo de la realidad social y el paradigma de acercamiento a su comprensión total.

## **Bibliografía**

- Aguirre Rojas, C. A. (abril-junio de 1999). Presentación. *Revista Mexicana de Sociología*, (2), IX-XI.
- Agulhon, M. (1984). *Pénitents et Francs-maçons de l'ancienne Provence. Essai sur la sociabilité méridionale*. Paris: Nouvelle édition, Libraire Arthème, Fayard.
- Agulhon, M. (1986). La sociabilité est-elle objet d'histoire? En *Sociabilité et société bourgeoise en France, en Allemagne et en Suisse, 1750-1850*. Paris: Ed. Recherche sur les Civilisations.
- Bertrand, M. (1998). Familles, fidèles et réseaux: les relations sociales dans une société d'Ancien Régime. En J. L. Castellano y J. P. Dedieu (Ed.), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien régime* (pp. 169-190). Paris: CNRS Éditions.
- Bertrand, M. (abril-junio de 1999). De la familia a la red de sociabilidad. *Revista Mexicana de Sociología*, (2), 107-135.
- Bertrand, M. (2000). Los modos relacionales de las élites hispanoamericanas coloniales: enfoques y posturas. *Anuario IHES*, (15), 61-80.

- Bertrand, M. (2002a). Elite y redes sociales en Guatemala al tiempo de la independencia. En M. Bertrand. (Coord.). *Configuraciones y redes de poder. Un análisis de las relaciones sociales en América Latina* (pp. 111-132). Caracas: Fondo Editorial Tropikos.
- Bertrand, M. (2002b). Introducción. Redes sociales, poder e identidad en las sociedades latinoamericanas (Siglos XVI-XX). En M. Bertrand. (Coord.), *Configuraciones y redes de poder. Un análisis de las relaciones sociales en América Latina* (pp. 5-14). Caracas: Fondo Editorial Tropikos.
- Bertrand, M. (2003). Entre Espagne et Amérique: un outil au service de l'étude des liens interpersonnels. En P.-Y. Beaurepaire y D. Taurisson. (Comp.), *Les ego documents à l'heure électronique. Nouvelles approches des espaces et réseaux relationnels* (pp. 435-445). Montpellier: Université Paul Valéry Montpellier III.
- Bertrand, M. (2011a). *Grandeza y miseria del oficio. Los oficiales de la Real Hacienda de la Nueva España siglos XVII y XVIII*. México: FCE, El Colegio de Michoacán, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Embajada de Francia, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Centro de Investigación y Docencia Económicas.
- Bertrand, M. (2011b). Introducción. *La prosopografía y las relaciones sociales en el México colonial*. M. Bertrand. *Grandeza y miseria del oficio. Los oficiales de la Real Hacienda de la Nueva España siglos XVII y XVIII*. México: FCE, El Colegio de Michoacán, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Embajada de Francia, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Centro de Investigación y Docencia Económicas.
- Bertrand, M., Moutoukias, Z. y Poloni-Simard, J. (2000). El análisis de los grupos sociales: Balance historiográfico y debate crítico. Introducción. *Anuario IHES*, (15), 17-22.
- Bidart, C. (1988). Sociabilités: quelques variables. *Revue Française de Sociologie*, 29 (4), 621-648.
- Carrasco, R. (Dir.). (1991). Solidarités et sociabilité en Espagne (XVI<sup>e</sup>- XX<sup>e</sup> siècles). *Annales Littéraires de l'Université de Besançon*, 1.
- Cassan, M. (2003). Réseaux sociaux et relations interpersonnelles. L'espace relationnel d'officiers 'moyens' dans la Marche au XVII<sup>e</sup> siècle. En P.-Y. Beaurepaire y D. Taurisson. (Comp.), *Les ego documents à l'heure électronique. Nouvelles approches des espaces et réseaux relationnels* (pp. 23-33). Montpellier: Université Paul Valéry Montpellier III.
- Castellano, J. L. y Dedieu, J.-P. (1998). *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien régime*. Paris: CNRS éd.
- Chauvard, J.-F. (2004). Source notariale et analyse des liens sociaux. Un modèle italien? En F. Ruggio, S. Beauvalet y V. Gourdon. (Dir.). *Liens sociaux et actes notariés dans le monde*

- urbain en France et en Europe* (pp. 87-108). Paris: Presses de l'Université Paris-Sorbonne, Collection Roland Mousnier.
- Dalla Corte, G. (2002). Recomendaciones y empeños en la sociedad colonial y poscolonial. Garantías jurídicas, poder y red social. En M. Bertrand. (Coord.), *Configuraciones y redes de poder. Un análisis de las relaciones sociales en América Latina* (pp. 133-166). Caracas: Fondo Editorial Tropikos.
- Dedieu, J.-P. y Moutoukias, Z. (1998a). Introduction. Approche de la théorie des réseaux sociaux. En J. L. Castellano y J.-P. Dedieu. (Dir.), *Réseaux, famille et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de L'ancien Régime* (pp. 7-30). Paris: CNRS Éditions.
- Dedieu, J.-P. y Moutoukias, Z. (1998b). L'historien de l'administration et la notion de réseau. En J. L. Castellano y J.-P. Dedieu. (Dir.), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien régime* (pp. 247-263). Paris: CNRS Éditions.
- Degenne, A. y Forsé, M. (2004). *Les réseaux sociaux*. Paris: Armand Colin/SEJER, Collection U, Sociologie.
- Deroy-Pineau, F. y Bernard, P. (2003). Projet mystique et stratégie réticulaire de mobilisation des ressources: Marie Guyart, mystique et stratège. En P.-Y. Beaurepaire y D. Taurisson. (Comp.), *Les ego documents à l'heure électronique. Nouvelles approches des espaces et réseaux relationnels* (pp. 35-69). Montpellier: Université Paul Valéry Montpellier III.
- Dolan, C. (2004). Actes notariés, micro-analyse et histoire sociale: réflexions sur une méthodologie et une pratique. En F. Ruggio, S. Beauvalet y V. Gourdon. (Dir.), *Liens sociaux et actes notariés dans le monde urbain en France et en Europe* (pp. 139-152). Paris: Presses de l'Université Paris-Sorbonne, Collection Roland Mousnier.
- Dujardin, P. (1992). De l'histoire a la sociologie tours, détours, retours? En N. Racine y M. Trebitsch. (Dir.), *Sociabilités intellectuelles. Lieux, milieux réseaux. Les Cahiers de l'IHTP, Cahiers de l'Institut d'Histoire du Temps Présent*, (20), 22-43.
- Gribaudo, M. (1995). Les discontinuités du social. Un modèle configurationnel. En B. Lepetit. (Dir.), *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, (pp. 187-225). Paris: Albin Michel.
- Gutton, J.-P. (1979). *La sociabilité villageoise dans l'ancienne France. Solidarités et voisinages du XVI<sup>e</sup> au XVIII<sup>e</sup> siècle*. Paris: Le Temps et les Hommes, Hachette Littérature.
- Hausberger, B. (2006). La conquista del empleo público en la Nueva España. El comerciante gaditano Tomás Ruiz de Apodaca y sus amigos, siglo XVIII. *Redes sociales e instituciones. Historia Mexicana*, 56 (3), 725-778.

- Ibarra, A. y Valle Pavón, G. del. (2006). Redes sociales e instituciones: una nueva mirada sobre viejas incógnitas. *Redes sociales e instituciones. Historia Mexicana*, 56 (3), 717-723.
- Imizcos Beunza, J. M. (1998). Communauté, réseau social Élite. L'armature sociale de l'Ancien Régime. En J. L. Castellano y J.-P. Dedieu. (Dir.). *Réseaux, famille et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de L'ancien Régime* (pp. 31-61). Paris: CNRS Éditions.
- Langue, F. (2000). Las élites en América española. De la historia de las prácticas a la práctica de la historia. *Anuario IEHS*, (15), 101-116.
- Lazega, E. (2007). *Réseaux sociaux et structures relationnelles*. Paris: Presses universitaires de France.
- Lemercier, C. (2005). Analyse de réseaux et histoire. *Revista de Historia Moderna Contemporánea, Trajectoires et réseaux*, 52 (2), 88-112.
- Lemieux, V. y Ouimet, M. (2004). *L'analyse structurale des réseaux sociaux*. Bruselas: Presses de l'Université de Laval.
- Matta Portilla, C. (2002). Trabajo Social y Redes Sociales. En G. Sánchez Majadas (Coord.), *Migraciones y redes sociales*. Congreso de Estudiantes de Trabajo Social, Salamanca, España.
- Mínguez, E. (2000). Presentación. *Anuario IEHS*, (15), 7-12.
- Moutoukias, Z. (1998). La notion de réseau en histoire sociale: un instrument d'analyse de Faction collective. En J. L. Castellano y J.-P. Dedieu (Dir.), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien régime* (pp. 231-246). Paris: CNRS Éditions.
- Moutoukias, Z. (2002). Lazos débiles / lazos fuertes y la organización espacial de los negocios en Hispanoamérica colonial (segunda mitad del siglo XVIII). En M. Bertrand (Coord.), *Configuraciones y redes de poder. Un análisis de las relaciones sociales en América Latina* (pp. 15-26). Caracas: Fondo Editorial Tropikos.
- Moutoukias, Z. (2003). ¿Réseaux de négociants ou réseaux ego centrés: Une approche méthodologique. En P.-Y. Beaurepaire y D. Taurisson (Comp.), *Les ego documents à l'heure électronique. Nouvelles approches des espaces et réseaux relationnels* (pp. 447-467). Montpellier: Université Paul Valéry Montpellier III.
- Moutoukias, Z. y Dedieu, J.-P. (1998). Introduction. Approche de la théorie des réseaux sociaux. En J. L. Castellano y J.-P. Dedieu (Dir.), *Réseaux, familles et pouvoir dans le modèle ibérique à la fin de l'Ancien Régime* (pp. 7-30). Paris: Centre des Éditions CNRS.
- Mouysset, S. (2003). Livres de raison et construction des réseaux sociaux : l'exemple du Sud-Ouest de la France à l'époque moderne. P.-Y. Beaurepaire y D. Taurisson (Comp.), *Les ego*

- documents à l'heure électronique. Nouvelles approches des espaces et réseaux relationnels* (pp. 261-277). Montpellier: Université Paul Valéry Montpellier III.
- Poloni-Simard, J. (2002). La red de tres indios mercaderes en la Huamanga del siglo XVII, y una hipótesis de trabajo en cuanto al valor de los lazos. En M. Bertrand (Coord.), *Configuraciones y redes de poder. Un análisis de las relaciones sociales en América Latina* (pp. 27-40). Caracas: Fondo Editorial Tropikos.
- Poloni-Simard, J. (1998). Liens personnels et milieux sociaux dans une société coloniale de l'Audience de Quito, 1620-1680. En J. L. Castellano y J.-P. Dedieu (Dir.), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien régime*. Paris: CNRS Éditions.
- Poloni-Simard, J. (2000). Historia de los indios en los Andes, los indígenas en la historiografía andina: análisis y propuestas. *Anuario IHES*, (15), 87-100.
- Racine, N. (1992). Lectures: Maurice Agulhon. Sociabilité et modernité politique. N. Racine y M. Trebitsch (Dir.), *Sociabilités intellectuelles. Lieux, milieux réseaux. Les Cahiers de l'IHTP, Cahiers de l'Institut d'Histoire du Temps Présent*, (20), 30-34.
- Ruggio, F. (2004). Discussions. En F. Ruggio, S. Beauvalet y V. Gourdon (Dir.), *Liens sociaux et actes notariés dans le monde urbain en France et en Europe*. Paris: Presses de l'Université Paris-Sorbonne, Collection Roland Mousnier.
- Sánchez Santiró, E. (2007). Las incertidumbres del cambio: Redes sociales y mercantiles de los hacendados-comerciantes azucareros del centro de México (1800-1834). *Redes sociales e instituciones. Historia Mexicana*, 56 (3), 919-968.
- Sánchez, E. (2002). Fuerzas y debilidades de una red personal. La Experiencia de Estevan de Antuñano. En M. Bertrand (Coord.), *Configuraciones y redes de poder. Un análisis de las relaciones sociales en América Latina* (pp. 167-186). Caracas: Fondo Editorial Tropikos.
- Simmel, G. (1981). *Sociologie et épistémologie*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Trebitsch, M. (1992). Avant-propos: La chapelle, le clan et le microcosme. N. Racine y M. Trebitsch (Dir.), *Sociabilités intellectuelles. Lieux, milieux réseaux. Les Cahiers de l'IHTP, Cahiers de l'Institut d'Histoire du Temps Présent*, (20), 11-21.
- Valade, B. (1983). Sociologie. À la recherche de la sociabilité. *Universalia, Les événements, les hommes, les problèmes en 1982* (pp. 338-342). Paris: Encyclopædia Universalis France.
- Vázquez de Ferrer, B. y Ferrer, N. (2002). Alianzas familiares y poder en la formación de una familia elitista maracaibera. Siglos XVIII-XIX. En M. Bertrand (Coord.), *Configuraciones y redes de poder. Un análisis de las relaciones sociales en América Latina* (pp. 67-94). Caracas: Fondo Editorial Tropikos.

Zúñiga, J.-P. (2000). Clan, parentela, familia, individuo: ¿qué métodos y qué niveles de análisis?  
*Anuario IHES*, (15), 51-60.